



VIRGEN DE LA PAZ

CORAZÓN DE MADRE

MADRID 2001

Í N D I C E G E N E R A L

Índice	2
Introducción	3
I. NOTICIA HISTÓRICA – P. HILARIÓN	4
Apéndices: Breve resumen histórico (J.V.G.)	10
Un relato ampliado (J.S.)	11
II. HORIZONS BLANCS	
- Preámbulo (C. Dannels)	13
- Oración ss.cc. a Nª Sª de la Paz	15
- 1. La Virgen de los Joyeuse	16
- 2. La Madona de los Capuchinos	16
- 3. Nª Sª de la Paz de Picpus	18
- 4. El rey Luis XIV curado por V. Paz	19
- 5. La familia Joyeuse: Anne – Enrique - Francisco	20
- 6. Nª Sª de la Paz llega a Picpus	20
- 7. Nª Sª de la Paz Madona universal	22
- 8. Oración a Nª Sª de la Paz	25
- 9. Nª Sª de la Paz, Madona del Midi (Sur)	26
III. ILUSTRACIONES	27
IV. ANNALES SS.CC.	
- Enrique de Joyeuse, el “Padre Ángel”	33
- Centenario de Nª Sª de la Paz	35
- Coronación solemne de Sª Sª de la Paz	39
- Nª Sª de la Paz en París	44
- “Desde que la he tocado”	46
V. APÉNDICE: KAZAJSTÁN Y ARMENIA	49

Nota:

Como se aprecia en el Índice, se ha preferido conservar unidos los temas de cada una de las tres fuentes, en vez de entremezclarlos desde otra base de clasificación.

I N T R O D U C C I Ó N

Una contribución oportuna, incluso privilegiada, al bicentenario, teatro para variadas reposiciones, es sin duda la re-presentación de la historia y comentarios posibles sobre la pequeña estatua de Nuestra Señora de la Paz. Llegó a la Congregación después de superar múltiples obstáculos y gracias a las abundantes oraciones, más copiosas todavía. Para facilitar este trabajo, tenemos la suerte de contar hoy con la publicación de un número monográfico, dedicado al tema, en nuestra revista francesa “**Horizons Blancs**”, nº 160, Julio 1999, con hermoso y abundante material gráfico, que aprovecharemos en parte. De él hemos tomado todos los artículos que hacen referencia directa a la estatua de la Virgen de la Paz. Su editorial, una reflexión del Cardenal Dannels, arzobispo de Malinas-Bruselas, Presidente Internacional de Pax Christi, nos servirá de prólogo, con la oración a N^a S^a de la Paz., que ocupan la cuarta página de esta revista de nuestros hermanos de Francia.

Por nuestra parte, hemos aprovechado una pequeña joya de nuestro archivo provincial, el librito del **P. Hilarión Lucas**, impreso en 1837, año de la muerte del Fundador. Fotocopiamos su inicio a tamaño natural, entre las 122 páginas que forman la totalidad del libro. Termina el librito con esta breve advertencia en letra reducida: “La composición tipográfica ha sido realizada por los niños pobres y huérfanos de la Institución de San Nicolás, calle de Vaugirard, 98”. Un honor merecido para la Virgen de la Paz: “*Desbarata a los poderosos y exalta a los humildes*”.

El libro tiene dos partes, de la misma amplitud. La primera su “Información Histórica” (pgs. 1-61) y la segunda los “Documentos relativos a la historia de N^a S^a de la Paz”. Estos son diecisiete, de ellos los 10 primeros son otras tantas actas de curaciones, cada una sobre una persona, avaladas por médicos, testigos, etc. (pgs. 62-100). Hemos creído que podíamos prescindir de estos 10 en este trabajo.

Por fin, hemos seleccionado algunas variaciones al tema, escondidas por nuestros “**Annales SS.CC.**”, que han ido manteniendo viva la llama de su devoción a través de relatos de acontecimientos importantes, como su centenario o su coronación, de sucesivas noticias puntuales de la devoción mostrada en algunos lugares de cualquier continente, de alguna “historia” tan viva como para convertirla en una inspirada novela.

Trabajo de tantas manos, aunque cada uno quiera ocuparse sólo de su parcela, es casi imposible que se realice sin invadir, de algún modo, la del vecino. La consecuencia inevitable son las repeticiones que aparecen en el conjunto. Nos ha parecido preferible respetarlas como han sido trabajadas, de otro modo se corría el peligro de atentar contra el desarrollo interno de cada composición. Ofrece, además, la posibilidad de usar de una u otra por separado, según la circunstancia para la que quiera emplearse. Esperamos sirva a cada comunidad, como recurso siempre a mano, para cuanto haga referencia a esta imagen bendita, protectora de la Congregación.

A menudo, casi siempre, echamos en falta su nombre expreso en oraciones oficiales para toda la Congregación, pero no deberían estorbarse nuestras advocaciones congreganistas del Corazón de María y de Nuestra Señora de la Paz. El Amor y la Paz se besan. Por eso, además, nos alegra que el más hermoso de los trabajos en la historia de la Congregación, continúe bajo el manto protector de la que es patrona especial de nuestras misiones, ante cuyo altar de Picpus pasaban visita de despedida nuestros misioneros. No en vano, entre otros honores, es la titular de la primera catedral del Pacífico, en Honolulu, al haber sido las islas Sandwich la primera misión exterior que la Santa Sede confió a la Congregación, ya en vida de los fundadores, en 1825.

1. - N O T I C I A H I S T Ó R I C A

Sobre la estatua milagrosa de Nuestra Señora de la Paz,
venerada en la capilla de las Hermanas de la
Congregación de los Sagrados Corazones
de Jesús y de María
y de la Adoración perpetua
del Santísimo Sacramento del Altar
Calle de Picpus, 15.

Por F.- J. Hilarión Lucas
Sacerdote de Picpus. París, 1837.

El culto de María se remonta a la cuna del cristianismo. Los fieles de todos los siglos y de todos los países, al adorar al Hijo, naturalmente honraron a la Madre. Las múltiples gracias obtenidas por su intercesión, aumentaron su devoción y confianza. Esta es la razón de que se encuentren en todas las partes del mundo cristiano, tantos altares y templos erigidos en honor de la bienaventurada Virgen María. Piadosas asociaciones la tienen como su protectora; le han sido consagradas órdenes religiosas. ¿Qué país no posee una de sus estatuas veneradas, en la que la Madre del Dios-Hombre esté representada bajo una advocación? Aquí *Nuestra Señora del Socorro*; allí *Nuestra Señora de la Alegría*; en otro lugar *Nuestra Señora de la Liberación*; *Nuestra Señora de los Ángeles*, *Nuestra Señora de la Buena Nueva*, *Nuestra Señora de la Compasión*, *Nuestra Señora de la Piedad*, *Nuestra Señora de los Siete Dolores*, *Nuestra Señora de la Misericordia*, *Nuestra Señora de las Gracias*, *Nuestra Señora de la Consolación*, *Nuestra Señora de los Agonizantes*, *Nuestra Señora de la Fe*, *Santa María del Corazón*, títulos augustos, que caracterizan a la perfección la ternura de María por los hombres.

Entre estas imágenes, a las que los cristianos devotos de la Virgen rinden culto especial, hay una particularmente conocida bajo la denominación de *Nuestra Señora de la Paz*. No tiene más que once pulgadas de alto, sin contar el pedestal. Es de un color pardo, tirando a negro, y de una madera cuya naturaleza sería difícil de precisar. La Virgen-Madre está representada en ella con majestad, llevando a su divino Hijo sobre el brazo izquierdo.

No se conoce en qué siglo se haya realizado esta Imagen, pero su antigüedad no puede ponerse en duda. La casa de los *Joyeuse* la mantuvo en posesión durante mucho tiempo y este precioso depósito era siempre confiado a aquel de los descendientes de esta familia ilustre que mostrara el mayor deseo por conservarla y la mayor devoción por María. Bajo el reinado de Enrique III, fue donada al duque de Joyeuse, tan conocido después con el nombre de Padre Ángel, cuando renunciando a las grandezas del siglo, se hizo capuchino. Se felicitaba de que Nuestra Señora de la Paz hubiera sido parte de su herencia. Rezando a sus pies es como se sintió inspirado a abrazar la vida religiosa; y, en reconocimiento de este favor, le hizo construir una capilla en su mansión de la calle de San Honorato. Los religiosos mínimos de Nyon venían allí todos los días a celebrar el santo sacrificio y se permitió a los fieles asistir a él, para que pudiesen satisfacer su tierna devoción por la Madre del Salvador.

Los reverendos padres Capuchinos no tenían en esa época mas que un hospicio en la calle de San Honorato. Enrique III les hizo construir un convento en la misma hacia finales del siglo XVI. El duque de Joyeuse, donó para ello una parte del terreno que pertene-

cía a su mansión. Al estar en él la capilla de Nuestra Señora de la Paz, que se destruyó para ampliar el jardín, la imagen bendita fue colocada sobre la puerta exterior, lugar donde permaneció alrededor de sesenta años. Memorias de aquel tiempo cuentan que, durante varios años seguidos, una luz brillante aparecía durante la noche sobre el lugar en que estaba colocada la estatua de Nuestra Señora de la Paz. Numerosos fieles venían asiduamente para elevar sus súplicas a la Virgen santa. Durante muchos años consecutivos se vio a un joven elegante que aparecía todos los sábados llevando flores y rezando a los pies de Nuestra Señora de la Paz. Desaparecía de repente, sin que se pudiera jamás haber sabido quién era ni de dónde venía. Por eso se llegó a creer entre muchos que se trataba de un ángel enviado del cielo para honrar a María. Así continuó, hasta que la imagen fue trasladada a la iglesia de los capuchinos. La señora marquesa de *Maignelay* encendía, cada sábado, un cirio de una libra ante la imagen de María. Ordenó, en su testamento, que esta piadosa práctica se continuara después de su muerte. Su última voluntad fue ejecutada con toda fidelidad.

Dos damas inglesas, que habían abrazado la fe católica, fueron despojadas de considerables bienes que poseían en Inglaterra y obligadas a refugiarse en París. Vivían del trabajo de sus manos, en un barrio alejado de la santa imagen. Habían hecho la promesa de adornarla los días de fiesta.

Obligadas por diversas circunstancias a dejar su morada, rogaron a una persona conocida que se encargara del adorno que habían consagrado a Nuestra Señora de la Paz, para que el tributo que habían rendido hasta entonces a la Santísima Virgen, no fuera interrumpido. Se rehusó este honorable encargo: “*No merecen*, dijeron las piadosas inglesas, *un favor del que muchas otras estarían envidiosas*”.

Entre los fieles servidores de María, sobresalía un hermano capuchino, llamado *Antonio de París*. Vivía en una gran pobreza, le gustaba guardar silencio, y su humildad le hacía escoger preferentemente los servicios más bajos. Se ocupaba en hacer hábitos con que vestir a los religiosos. Trabajaba al lado de la puerta en que se encontraba Nuestra Señora de la Paz. En sus momentos de descanso, cultivaba un pequeño jardín y de acuerdo con otro santo religioso, llamado *Simón Dici*, recogía en él las más bellas flores que ofrecía a nuestra Señora de la Paz. Cuando se le preguntaba por qué prefería honrar esta estatua a tantas otras bellas imágenes de María, después de haber guardado un largo silencio, como era su costumbre, respondió al fin que esta estatua de la Virgen colocada sobre la puerta le llegaba al corazón; y que dentro de poco, esta venerable imagen sería un instrumento del que Dios se había de servir para obrar grandes maravillas. Murió hacia el año 1647, lleno de días y de buenas obras. La predicción de este buen religioso no tardó en cumplirse. La santa imagen seguía colocada sobre la puerta exterior de la finca de los capuchinos, cuando el 22 de julio de 1651, se oyó de repente, sin que se pudiera decir en qué ocasión, primero a unos niños, y a continuación a un gran número de personas, cantar el *Salve Regina* (1) // en nota: Esta bella y conmovedora oración la compuso en el siglo XII Adhémar de Monteil, obispo de Puy, cuando acompañaba a Godofredo de Buillon en la primera cruzada con una gran devoción.// Se cantaba con tanto entusiasmo de corazón, que los fieles que habitaban en los alrededores llegaron corriendo y se unieron a los primeros. Habiéndose extendido por la villa y los barrios el rumor de lo que acontecía por causa de Nuestra Señora de la Paz, empezaron a llegar allí en procesión, descalzos, cantando las letanías de la Virgen. Muchos enfermos se hicieron llevar al lugar, con la esperanza de conseguir su curación: su confianza no fue defraudada. El canto del *Salve Regina* era interrumpido a menudo por los gritos repetidos: ¡Milagro, milagro!. Llegó la noche, pero no impidió la afluencia del pueblo que continuó los días siguientes.

El Padre Médard, capuchino, que publicó en 1659 una historia de Nuestra Señora de

la Paz, refiere varias curaciones milagrosas que hubo es esa ocasión y adjunta en ella un gran número de procesos verbales destinados a probarlos¹.

Las maravillas obradas ante Nuestra Señora de la Paz la hicieron célebre. Se hablaba de ello en todos los lugares. Un gran número de párrocos y de religiosos pidieron permiso para transportar a su iglesia la estatua milagrosa, con el fin de que fuera venerada con más decencia, y se dirigieron al Arzobispo de París para obtener esta autorización. Hubiera sido injusto privar a los capuchinos de un tesoro tan precioso. El *Rdo. Padre Ángel de Joyeuse*, a quien había pertenecido Nuestra Señora de la Paz y que, durante toda su vida, había atribuido a las oraciones ante la piadosa imagen las múltiples gracias que se habían obtenido por la intercesión de la Virgen, estaba enterrado en su iglesia. Se decidió que la estatua de Nuestra Señora de la Paz fuera transportada a una capilla próxima a su tumba.

El Superior del convento hizo esta translación el 24 de septiembre de 1651. Fue en procesión a recoger la santa imagen, precedido de todos los religiosos, que portaban un cirio en las manos. Cantaban las letanías de la Virgen y las lágrimas que corrían por sus ojos, daban a conocer suficientemente la tierna devoción de que estaban animados. Besaron con respeto los pies de la estatua milagrosa antes de que fuera colocada en el lugar que se le habían destinado.

Los fieles continuaron viniendo a rezar a la Reina de la Paz en la iglesia de los capuchinos, y nuevos prodigios manifestaron la bondad compasiva de María hacia los que la invocaban con fervor².

Nº 11. Acta del Reverendo Padre Zenón

Provincial de los capuchinos.

El que firma, provincial de los capuchinos de la provincia de París, certifica que en el mes de agosto último, momento en que evacuamos nuestro convento de la calle San Honorato, un religioso nos ha prevenido sobre los peligros inminentes, ante el propósito que teníamos de tomar la Imagen de Nuestra Señora de la Paz, solemnemente festejada y tenida por milagrosa en nuestra casa; pero que este mismo religioso, temiendo que un depósito tan precioso no se extraviara, ha venido a consultarme sobre la manera de depositarla convenientemente. Entonces, al acordarme de la tierna y cuidadosa devoción de la señorita *Papin*, para las imágenes y estatuas de la Madre de Dios, le envié a este religioso que le entregó la de Nuestra Señora de la Paz. En fe de lo cual he suscrito la presente. En París, este 24 de julio de 1791.

F. Zenón, *provincial*

Certifico, además, haber puesto como condición de la entrega hecha a la señorita *Papin* de la Imagen y de la historia de Nuestra Señora de la Paz, que todo sería devuelto a las capuchinas de la Plaza Vendôme, de las que soy superior, en el caso de que estas santas hijas estuvieran todavía en su monasterio en el momento en que la Providencia llamara a su seno de misericordia a la señorita *Papin*.

F. Zenón, *provincial*

¹ Llegados aquí, el P Hilarión narra 9 milagros (pgs. 15-26) que seguramente toma de la obra que acaba de citar. Los omitimos por no alargar el texto.

² Volvemos a omitir la serie de favores relatados por el P. Hilarión (pgs. 26-42), conservando algunos testimonios más singulares.

**Nº 12. Carta de la Señora Coipel, nacida Papin,
a la Señora D'Albert de Luynes, 18 febrero 1802.**

Los hombres proponen y Dios dispone. Usted, como yo, teníamos el deseo y la esperanza de volver a ver a mi hermano, penitenciario mayor. Dios ha dispuesto de él. Ha muerto el 28 de enero último, en tan sólo veinticuatro horas. No puedo expresar mi dolor; su pérdida es para mí irreparable. Le encomiendo a sus fervientes oraciones. Habría estado encantada de que nos hubiera visto a las dos, para que a ambas nos calmara nuestros deseos por la posesión de Nuestra Señora de la Paz. Para mantener la paz entre nosotras, es necesario que hagamos un pacto conjunto y que os será fácil de aceptar. Os la dejaré en posesión mientras viváis y, a vuestra muerte, me será devuelta a mí o a la persona que mantenga el derecho sobre vuestra obligación, con el permiso de escribir mi nombre detrás de Nuestra Señora de la Paz. Me resulta útil esta precaución, ante el temor de que después de usted no vaya a ser cambiada por otra. Esta precaución no os debe apenar; nos asegura el precioso objeto del que sois depositaria. Tengo en casa un precioso libro, que viviendo mi hermana me donó, que contiene diversos milagros. Recibid, señora, la seguridad de mi veneración y respeto que os tengo. Recomiendo a vuestras numerosas ayudas, a una pobre mujer enferma que se está quedando ciega. Es muy cristiana y ha profesado su fe en toda ocasión; me encuentro en la impotencia de darle alguna cosa, pues lo he perdido todo; pero amo y tengo el deseo de amar a Dios. De vuestra humilde y obediente servidora.

F. Coipel.

**Nº 13. Verificación de la autenticidad de Nuestra Señora de la Paz
Realizada por M. Floriac, Vicario General de la diócesis de París.**

Nos, el que suscribe, vicario general de Mons. ilustrísimo y reverendísimo Antonio Eleonor León de Juigné, Arzobispo de París, etc., invitado por la señora *D'Albert de Luynes* para ir a su mansión situada en París, calle de la Universidad, con el fin de examinar allí y verificar la estatua de Nuestra Señora de la Paz, que tiene en depósito, hemos llegado allí y, después de haber examinado una pequeña estatua de la Santa Virgen, de madera color oscuro, de la que no se puede especificar su naturaleza, que tiene once pulgadas de alto, sin contar el pedestal, que lleva sobre su brazo izquierdo al niño Jesús, hemos reconocido, de acuerdo a deposiciones dignas de fe, que se nos han hecho por testigos irreprochables, y han firmado con nos el presente proceso verbal, que la dicha estatua de la Santa Virgen es realmente la Estatua de Nuestra Señora de la Paz, colocada anteriormente en lo alto del altar de la capilla de la Santa Virgen en la iglesia de los capuchinos de la calle de San Honorato, en París, y que ha estado expuesta a la veneración de los fieles desde hace un gran número de años, hasta el momento de la destrucción del dicho monasterio.

Esta Estatua fue entregada a la señorita *Papin* por el reverendo padre Zenón provincial de los religiosos capuchinos, como permanece probado por su acta del 14 de julio 1791. La señorita *Papin*, al dejar París el año 1792, la entregó a la señora *D'Albert de Luynes*, una dama que me ha dicho haberla conservado a su disposición, según un acuerdo con la familia de la señorita *Papin*, después de la muerte de dicha señorita. Para constatar en el porvenir, de una manera cierta, la autenticidad de la dicha Estatua, hemos fijado al reverso una cédula con el sello de Mons. el Arzobispo, en la que hemos escrito las palabras si-

guientes: *Estatua de Nuestra Señora de la Paz, expuesta en otros tiempos pasados a la veneración pública, encima de la capilla de la Santa Virgen, en la iglesia de los religiosos capuchinos de la calle de San Honorato, en París.* En fe de lo cual hemos firmado el presente proceso verbal y en él ponemos el sello de Mons. el Arzobispo de París. En la mansión de la señora *D'Albert de Luynes*, calle de la Universidad, este 6 de abril 1802.- De Floriac, vicario general, Alberto de Luynes, Surville, Garnon, L.H. de Mesillac, el hermano Godard.

* * * * *

Nº 14. Carta de la señora d'Albert de Luynes al Cardenal Legado. 1802

Monseñor, *Paulina-Sofía d'Albert de Luynes*, antigua canonesa de Remiremont y nieta menor del fallecido, su eminencia Mons. el cardenal de Luynes, muerto arzobispo de Sens, tiene el honor de exponer a vuestra eminencia de desde hace diez años posee la Estatua de Nuestra Señora de la Paz, aquí venerada en la iglesia de los capuchinos de la calle San Honorato como milagrosa. Esta Estatua de la Santa Virgen había pertenecido al padre *Ángel de Joyeuse*. Desde el exterior de los muros de los capuchinos fue trasladada a una capilla interior de su convento, que fue erigida por la familia Joyeuse, después de la curación del rey Luis XIV en Calais. La ceremonia de la inauguración de dicha capilla la realizó Mons. el nuncio Bagny. Nuestro Santo Padre acordó una indulgencia plenaria para el día 9 de julio, día de la fiesta de dicha capilla.

La que suplica, penetrada por la devoción hacia la Santa Madre de Dios, que tiene una singular veneración por su Imagen milagrosa, pide humildemente a su Santidad que se digne renovar la indulgencia ya acordada, como se constata en el libro del origen de esta devoción de Nuestra Señora de la Paz, escrito por un religioso capuchino y depositado en la biblioteca nacional; la señora *d'Albert* tendrá el honor de presentar dicho libro a su eminencia Mons. el cardenal Legado. Pide indulgencia plenaria, aplicable a modo de sufragio por las almas del purgatorio, para todos los fieles que, habiendo cumplido las condiciones prescritas para ganar las indulgencias, visiten, el 9 de julio de cada año, la Estatua de Nuestra Señora de la Paz donde quiera que se encuentre. La Suplicante no cesará de ofrecer votos al cielo por la conservación de nuestro santo padre Pío VII y por la gloria de su reinado: sus oraciones no serán menos ardientes por su eminencia Mons. el cardenal Legado.

Nº 15. Rescripto de indulgencias del 11 mayo 1802

París, día 11 de mayo 1802. Por la especial autoridad apostólica que nos ha concedido benignamente el santísimo Señor Nuestro Pío Papa VII, prorrogamos por otro septenio la indulgencia que aparece en el breve apostólico según la petición y forma expresadas, con facultad de lucrarla en aquella iglesia en la que, por licencia del legítimo ordinario, la dicha Imagen de la Virgen Madre de Dios esté expuesta a la veneración pública de los fieles el día nueve de julio, cuya dicha indulgencia podrá también aplicarse a las almas del purgatorio a modo de sufragio. (Texto en latín)

J.-B- Caprara, Legado.

**Nº 16 Carta del cardenal Legado a la
Señora D'Albert de Luynes, 28 mayo 1802**

Señora, la Santa Sede no acostumbra a conceder indulgencias ligadas a una imagen o a un oratorio particular. Si ha obrado en este caso de otro modo, en las circunstancias tormentosas de que acabamos de salir, no lo puede hoy que las iglesias están abiertas; he hecho todo lo que estaba en mi poder, permitiendo que la indulgencia esté ligada a la iglesia en la que la Estatua que poseéis sea expuesta el 9 de julio, aunque en general será necesario determinar la iglesia, sin libertad de cambiarla después. En cuanto al permiso que debéis obtener del Ordinario, os hago observar que es siempre indispensable para la publicación de las indulgencias en las que los fieles pueden participar. Me satisface que después de las aclaraciones que acabo de daros, estaréis satisfecha del adjunto rescripto.

El cardenal CAPRARA.

**Nº 17. Acta de la Señora Papin, viuda Coipel,
del 19 octubre 1802.**

Yo, *Papin, viuda Coipel*, prometo en mi nombre y el de mis herederos, dejar a la *Señora d'Albert*, durante su vida, la Estatua de Nuestra Señora de la Paz, de madera negra, alta de once pulgadas, sin el pedestal, autorizándola sin embargo a cumplir las intenciones del padre provincial de los capuchinos, y fallecida mi hermana, la señorita *Papin*, debe devolver a las capuchinas de la Plaza Vendôme la dicha Estatua de Nuestra Señora de la Paz, si ellas vuelven a su casa, con la obligación de que ella justifique a mí misma o a la persona que se presentará de mi parte portando el reconocimiento que ella me ha dado sobre esto, que ya ha devuelto a las capuchinas la dicha Estatua de Nuestra Señora de la Paz. Dado en París, el 27 vendimiario año 11. (19 octubre 1802)

P. Hilarión Lucas, 1837

A P É N D I C E S

1. – UN BREVE RESUMEN HISTÓRICO

La imagen pertenecía inicialmente a la familia *de Joyeuse*. En 1587, Henri de Joyeuse, Conde de Bouchage y Gobernador del Anjou, del Maine, Touraine y Perche, enviudó, y se hizo capuchino. Al entrar en el convento de la calle St. Honorato, llevó consigo la imagen, que los frailes colocaron pronto en un nicho exterior. Convertida, a poco andar, en meta de peregrinación para la piedad de los fieles, el primer Arzobispo de París, Gondí, insinuó que se la trasladara al interior del templo. Así se lo hizo el 24 de Septiembre de 1651. En 1657 se la colocó en una capilla apropiada anexa a la misma iglesia. Realizó la instalación el Nuncio del Papa, en presencia de Luis XIV. El 9 de Julio de 1658 se le atribuyó la curación milagrosa del Monarca, gravemente enfermo. El Rey vino el 16 de Agosto siguiente a agradecer a María su curación. Un gran cuadro, que se puede admirar en Versalles, recuerda el hecho, a manera de espléndido ‘ex voto’. El Papa Alejandro VII, por su parte, permitió la celebración de una fiesta el 9 de Julio.

En 1790, en el momento de la supresión de las Ordenes Religiosas, el Provincial de los Capuchinos confió la imagen a una persona que le ofrecía garantías de piedad, la Señorita *Papin*, que la dejó, después de su muerte, - 1802 -, a la Señora *Coipel*, fallecida en 1806, que en vida la cedió a Paulina Sofía *d'Albert de Luynes*, que a su vez falleció en los primeros meses de 1806. A su muerte, el hijo de la Señora *Coipel* reclamó la estatua, y se la dio a su mujer. Esta segunda Señora *Coipel* era penitente del P. Coudrin, y decidió entregarle la imagen, que él a su vez confió a la M. Aymer, y la colocó en la Capilla de Picpus, donde hasta ahora se conserva. El 7 de Julio de 1806, el Cardenal de Belloy, Arzobispo de París, trasladó las indulgencias al nuevo lugar de culto.

No podemos determinar exactamente la fecha de la deposición de Picpus. La indicada por Hilarión y repetida por Lestra, del 6 de Mayo, no parece componerse con BM. 257*7 (5-V-1806) y BP. 267*1 (5-V-1806), que muestran estar todavía en curso, en ese momento, las diligencias para obtenerla.

Juan Vicente González, SS.CC.
“El Padre Coudrin...”, p. 74.

2. - UN RELATO AMPLIADO

Se antepone también este esbozo general, que contiene los acontecimientos esenciales de toda la historia.

Con los restos mortales de los Fundadores, el mejor tesoro que guarda la casa de Picpus es la bendita y hermosa imagen de N^a S^a de la Paz. Es una imagen de 26 centímetros de alta, de una madera especial cuya clase no puede precisarse, de color castaño tirando a negro. La Virgen, en actitud grave y majestuosa, lleva al Niño en el brazo izquierdo y tiene en la mano derecha un ramo de olivo.

No se conoce su origen, pero es sin duda de gran antigüedad. Se había conservado venerada durante más de tres siglos en el palacio de los *Duques de Joyeuse*, hasta que el jefe de esta casa entró en la Orden de los Capuchinos. Este caballero, tan conocido después con el nombre de Padre Ángel, hizo construir una capilla exterior en su palacio de la calle de St. Honorato. Al lado vivían los capuchinos, a los que el rey Enrique III cambió su hospicio por un convento, que les edificó. El Duque de Joyeuse cedió parte de sus terrenos colindantes, se derribó la capilla que estaba en ellos y la imagen de N^a S^a fue colocada sobre la puerta exterior del convento, donde permaneció cerca de sesenta años. Parece que esta colocación se verificó el 21 de julio del año 1651, víspera de la fiesta de Sta. Magdalena, según un grabado antiguo en que dice de la imagen que era “muy humildemente suplicada por todas las necesidades corporales y espirituales, y particularmente por la paz”.

Las maravillas operadas por N^a S^a de la Paz, la hicieron pronto célebre. Era tan venerada que el pueblo censuraba a los capuchinos, por dejar la santa imagen en la calle. Sacerdotes y religiosos pidieron permiso para transportar a su iglesia la Virgen milagrosa. Se decidió trasladar la imagen a una capilla al lado de la tumba del P. Ángel. Así se hizo solemnemente el 24 de septiembre de 1651, los religiosos acompañando con cirios la procesión. Los milagros se multiplicaron y la capilla fue pronto pequeña para la devoción de los peregrinos.

Madame de Guise, hija del Duque de Joyeuse, construyó una capilla más espaciosa en la iglesia de los capuchinos y, con los herederos, el día 9 de julio, día de la fiesta de N^a S^a de la Paz, ocupó el nuevo oratorio. Fue llevada por el Nuncio Apostólico, escoltada por el Rey y la Reina, con toda la Corte. El Papa concedió indulgencias a perpetuidad a los que visitaran la capilla en tal aniversario.

En 1658 curó de su enfermedad al rey Luis XIV, después de rezar una novena por él ante la imagen de N^a S^a. El 16 de agosto, él mismo en persona fue a la iglesia de los capuchinos en acción de gracias. La Reina hizo colocar un cuadro en la capilla representando la curación del Rey. Todos los hechos históricos y milagrosos están relatados en la *Historia de N^a S^a de la Paz*, que escribió y publicó un padre capuchino, en 1660, el P. Médard, obra provista de solemnes aprobaciones.

La imagen continuó en su capilla hasta 1790. Con la Revolución, los padres capuchinos la entregaron a la *Sra. Papin*, muy piadosa, para que la guardara, lo que hizo hasta 1792, que la entregó a la *Sra. de Luynes*, Canonesa de Raniremort, haciendo constar su reserva de propiedad, con un acta firmada por la depositaria. Los herederos de la Sra. Papin dejaron la imagen en posesión de la Sra. de Luynes, hasta que a su muerte volviera a sus dueños. La Sra. de Luynes muere a principios de 1806. El *sobrino de la Sra. Papin* encuen-

tra entre sus papeles los de sus derechos sobre la imagen y deja *a su mujer* hacer el uso que quiera de este derecho. Esta señora era dirigida del P. Coudrin, conmovida por sus predicaciones en la Iglesia de St. Roque. Cuando el P. Coudrin se instala en Picpus, esta señora siguió yendo allí a confesarse y escucharle. Juzgó por fin la señora que en ninguna parte podría estar la imagen tan venerada como en aquella capilla de Picpus y así propuso al P. Coudrin cederle los derechos de su propiedad.

El B. Padre recibió esta oferta con alegría, como una muestra de la predilección de la Virgen sobre sus primeros pasos difíciles de la fundación de la Congregación en París y se convino que la cesión se hiciera a nombre de Enriqueta Aymer, su cooperadora. La familia Luynes no se avenía con facilidad a esta cesión. El B. Padre escribió en una carta: “La pobre Madre sigue trabajando para conseguir la imagen de N^a S^a de la Paz, la imagen milagrosa, que posee la familia Joyeuse desde hace quinientos o seiscientos años. Me han hecho donación de ella, con preferencia a muchos *Grandes de España*, a quienes les costará trabajo cedérmela. La Sra. Luynes ha dejado para ella un legado de mil escudos y estamos resueltos a perderlos antes que renunciar al precioso depósito de la familia Joyeuse”.

La H^a Justina Charray escribía: “Cuando nuestra Buena Madre daba los pasos para obtener la imagen de N^a S^a de la Paz, nos dijo que rogásemos para que llegase a conseguirlo y añadió: ‘llegará un día en que le debemos nuestra conservación. Quiero ir a pedirla cinco veces en honor a las cinco llagas de nuestro Señor Jesucristo’. El último día nos hizo aplicar la Comunión con esa intención; salió y tuvimos el consuelo de verla llegar trayendo la imagen milagrosa: “era el 6 de mayo de 1806”. N^a S^a de la Paz fue llevada a la capilla cantando el Ave Maria Stella y la Salve Regina. Después se celebró una misa en acción de gracias en el altar donde acababa de ser expuesta. Se siguieron varias concesiones de indulgencias y por último, a perpetuidad, las concedidas por un Breve pontificio del 4 de agosto de 1817.

Desde esa época, la imagen milagrosa no ha salido de Picpus.

Durante la “Commune”, el 12 de abril de 1871, los insurrectos con el capitán Lenotre, profanaron la capilla y el sagrario y robaron los objetos sagrados. La imagen de N^a S^a, protegida por las súplicas de la M. General, no la tocaron: “Eres una mujer valerosa; que se la den y nos dejen en paz; después de todo no es más que de madera”, concluyó el capitán.

De nuevo el 5 de mayo, las religiosas, en número de 85, fueron llevadas a la prisión de S. Lázaro. Ocultaron antes la imagen en sitio seguro. El 24 de mayo, fiesta de N^a S^a Auxiliadora, pusieron a las religiosas en libertad. Todos atribuyeron a esta estrella del mar haber hecho desaparecer la tempestad. La comunidad entera clausuró el mes de María en el altar de N^a S^a de la Paz, viendo verificarse una vez más lo que había anunciado la B. Madre, que “llegará un día en que le debemos nuestra conservación”.

La imagen fue coronada solemnemente el 9 de julio de 1906, en nombre de su Santidad Pío XI, por su Eminencia Mons. Amette, Arzobispo de París. En Picpus y en la Congregación es amada como una Madre y honrada como una Reina. **Reina de la paz, ruega por nosotros.**

2. - H O R I Z O N S B L A N C S

PREÁMBULO

CRISTO : PAZ Y ALEGRÍA

La Pascua de Cristo, fuente de paz.

Al anochecer de la Pascua, cuando los discípulos estaban reunidos, se presentó Jesús en medio de ellos: *“La paz esté con vosotros”*, les dijo (Jn. 20,19-26) . Del mismo modo que la presencia de Dios en su pueblo era fuente de paz, la presencia de Dios en medio de su pueblo es fuente de paz, la presencia de Jesús es la realidad de la paz. El acontecimiento está ligado a la victoria sobre el mal, sobre la muerte y el pecado. Es el fruto de la Pasión y de la Resurrección. También Jesús da, con la paz, el Espíritu Santo y el poder de quitar los pecados (Jn. 20,22-23). Sopla sobre sus discípulos, como en el origen del primer hombre: se trata en verdad de una nueva creación. Siendo la reconciliación el fruto de su muerte y su resurrección, da a los apóstoles, habitados por su aliento, el poder de quitar los pecados. Las palabras que pronuncia: *“Recibid el Espíritu Santo; a quienes quitéis los pecados les serán quitados...”*, son el origen del sacramento de la reconciliación. El acontecimiento central de la muerte y de la resurrección, es la fuente que se ramifica en los sacramentos y que, siglo tras siglo, riega nuestra humanidad. La reconciliación universal no se cumple tan solo en nuestra actualidad, sino también hasta el final de los tiempos en que alcanzará su perfección.

Esta reconciliación consiste en la liberación de las barreras que nos impiden acoger a Dios, caminar unos hacia otros y acogernos mutuamente. Hace todas las cosas nuevas. Vivimos ya bajo el signo del octavo día y del arco iris entre el cielo y la tierra.

María, corazón en paz, fuente de la alegría.

Hay que tener esto en cuenta. María jamás está sola, ni en el Evangelio ni en los iconos: lleva al Niño para mostrárselo al mundo. Ella nunca reivindica el primer lugar. Pero, por otro lado, no puedes comprender de verdad a Jesús sin María. ¿Causan desagrado las imágenes y las peregrinaciones? Sin embargo, estamos ya muy lejos de la exuberancia barroca con que se rendía homenaje a María en otros tiempos. ¿No nos hemos pasado al lado contrario? ¿No realizamos una liturgia sin imágenes y pobre en símbolos? Quizás la frialdad en nuestras celebraciones y la sequía de nuestra cultura religiosa, tienen algo que ver con la oscuridad en torno a la figura de María.

Una parte de nuestra tristeza reside en nuestra memoria deficiente, en nuestra miopía. No olvidemos que Dios nos ha dado todo, mucho antes de que nosotros hiciéramos algo. Nos ha dado la vida y la existencia, cuando nos imaginamos que hemos de construir todo nosotros mismos, partiendo de la nada. Esto nos angustia y nos inquieta. Hemos perdido la alegría. Se nos ha arrebatado por un sentimiento exacerbado de nuestras responsabilidades.

¿Y María? Sabe demasiado bien que nada en ella proviene de sí misma; todo le viene de la mano de Dios. Vive en esta convicción: *“Dios me ha precedido en todo”*. Puede plenamente decir sí, se abandona totalmente a Dios. Se libera de sí misma, completamente. ¡Y eso es lo que la hace feliz!

La paz: una revolución cantada por María

El canto que María entona para Dios y el mundo – el Magníficat- es un canto subversivo. María habla de un nuevo mundo, donde reinan otras leyes: el grande es pequeño, el pequeño es grande. Dios trastorna todas las situaciones. Invierte cuanto hemos establecido. Y esto es revolucionario. Primero en cuanto al mismo Dios, porque se manifiesta tan diferente de lo previsto. En él el amor es exactamente lo contrario de cuanto nosotros pensamos del amor.

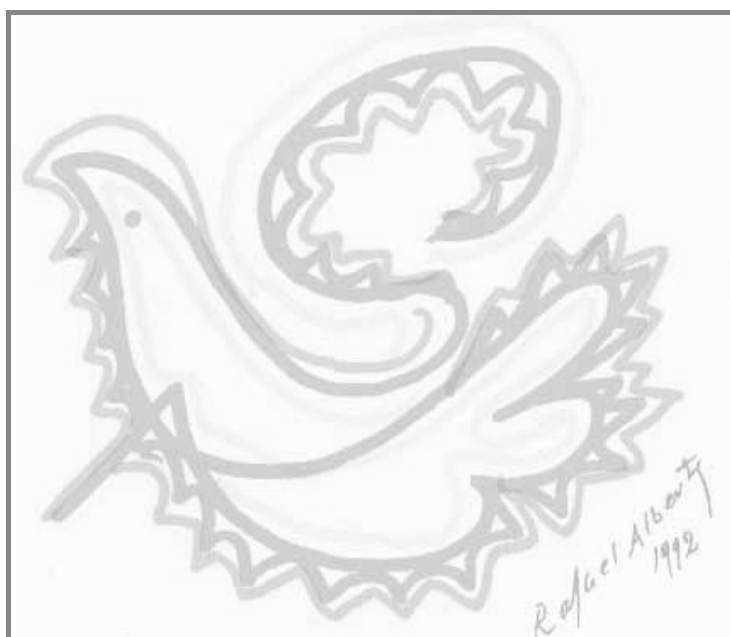
Porque Dios es otro, la revolución alcanza también al mundo: los ricos se convierten en pobres, algo que se repite a lo largo de toda la Escritura. Dios pone fin a la opresión, al hambre, a la muerte.

Sí, la verdadera inversión la hace Dios, no es una obra puramente humana. Es la revolución de Dios. Pero nos pide que le sigamos en ella.

Los valores revolucionarios del Magníficat están puestos en labios de una joven, sin poder, poco considerada y desarmada. María e Isabel serán los instrumentos de la misión de su hijo. José y Zacarías permanecen en segundo plano, nada se dice de ellos en este pasaje del Evangelio. Sobrellevan en silencio la misión creciente de sus esposas. Esta es la pedagogía de Dios. A menudo acontece lo contrario entre los seres humanos: la mayoría de las veces, las mujeres apenas cuentan algo.

Porque Dios pone el canto en boca de alguien que se confía totalmente a su poder, la revolución divina está también impregnada de alegría y no marcada por la amargura. Este es el misterio de la pequeñez de María. En cada época, los hombres han querido encerrarla en imágenes y sueños. Ella es lo suficientemente fuerte para romper siempre la cadena. Felizmente.

Cardenal G. Danneels,
Arzobispo de Malinas-Bruselas
Presidente internacional de Pax Christi.



ORACIÓN DE LA CONGREGACIÓN A NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ

Oh, Virgen María, Reina de la Paz,
Madre de los pobres y de los humildes,
Esperanza de los que sufren,
Nuestra Señora del Amor.

Tú nos has dado a Jesús, Príncipe de la Paz,
que nos ha regalado la Eucaristía,
y nos ha llamado a contemplar,
vivir y anunciar su Amor Redentor.

Enséñanos a vivir en comunidad
las exigencias del Evangelio,
a servir con alegría a todos los hombres
nuestros hermanos,
a mostrarnos serenos ante la cruz,
a ser fieles a nuestro ministerio de Adoración
y a trabajar con celo por la justicia y la paz.

Estamos consagrados al Corazón de Jesús
y a tu Corazón Inmaculado:
Danos testimoniar con sencillez
nuestra consagración
y responder a nuestra vocación y misión
con fe, disponibilidad y amor,
para ser entre nuestros hermanos signos de Amor.

1.- LA VIRGEN DE LOS JOYEUSE

Nada hay seguro sobre el origen de la estatua de N^a S^a de la Paz. Pero, en general, se mantiene como cierto que habría sido ofrecida como regalo por Juan de Joyeuse a Francisca de Voisins, a quien desposó en 1518. Lo que es seguro es que “esta imagen es una herencia de la Casa de Joyeuse, que permaneció como en herencia en manos del descendiente de esta ilustre familia que manifestara mayor devoción en conservarla”.

Así es como fue otorgada en 1576 al hijo menor de Juan de Joyeuse, Enrique, que aspiraba a la vida religiosa, pero a quien su padre envió de Toulouse al Colegio de Navarra en París, con el fin de que formara parte de los pajes de la corte de Enrique III.

De este modo se abría una brillante carrera ante él. Pero en medio de los placeres de la Corte, continuó con su sólida vida de piedad. Nuestra Señora se encontraba en el lugar de honor en sus apartamentos. Pasaba largas horas a su lado y “la consultaba sus menores asuntos”. Asistía a menudo a los oficios de los Padres Capuchinos, que vivían muy cerca.

Cuando el rey le expresó su voluntad de que esposara a Catalina de La Valette, dio su consentimiento después de toda una noche de oraciones y lágrimas ante su Madona. El matrimonio tuvo lugar el 28 de noviembre de 1582. En su nueva Residencia, en la calle de San Honorato, levantó una pequeña capilla dedicada a la Virgen de los Joyeuse. Convertida en confidente de los dos esposos, prometieron ante ella que si el uno sobrevivía al otro, se haría religioso.

Poco después del nacimiento de su hija Enriqueta-Catalina, murió la joven madre. Menos de un mes después, el 4 de septiembre de 1587, Enrique de Joyeuse, lleno ya de honores, habiendo acumulado títulos y cargos, tomaba el pobre hábito de los Capuchinos, con el nombre de Hermano Ángel. En su testamento, en 1658, legó a los capuchinos la parte de su Residencia en que se encontraba el Oratorio, con la estatua que estaba en él. La Virgen de los Joyeuse se convirtió en la Señora de una gran Orden: los Capuchinos.

2.- LA MADONA DE LOS CAPUCHINOS

La capilla donada por el P. Ángel fue destruida con el fin de agrandar el convento, y colocaron la estatua en un pequeño nicho encima de la puerta (tapiada) que daba a la calle. Permaneció así unos 60 años, casi ignorada, pero no totalmente: dos humildes hermanos legos, Fray Antonio y Fray Simón tenían la devoción de rezarla, adornarla de flores. Algunas señoras del barrio, como la marquesa de Maignelay, la veneraban. Encendían cirios ante ella.

Nuestra Señora de la Paz esperaba su hora. Y fue el pueblo parisino quien rezó el primero a la Señora: “Nuestra Señora de la Paz, rogad por nosotros”.

La guerra de los Treinta Años asolaba el reino de Luis XIII. Los pueblos angustiados imploraban la paz. Y mientras, Ana de Austria preguntaba a su confesor: “¿Es que no hay en Francia algún lugar santo en que se invoque a Nuestra Señora de la Paz? Porque la paz es un bien del que tenemos gran necesidad en estos momentos”. La Madona del Padre Ángel estaba a dos pasos de la corte, en la calle Nueva de San Honorato, en los capuchinos.

Ahora bien, el 21 de julio de 1651, se reunían ante ella niños cantando con todas sus fuerzas el “Salve Regina”. Se formaron procesiones que cantaban las letanías de la Virgen;

llegaban desde todos los barrios de la ciudad. Eran muchedumbres... Se oían cantos, oraciones y algunas veces el grito de “milagro”, “milagro”, a la vista de un enfermo curado repentinamente. Las curaciones se multiplicaron... Nuestra Señora era bienhechora de su pueblo, que enseguida empezó a reprochar a los capuchinos por dejar en la calle a quien todos llamaban “Reina de la Paz”. Varios párrocos de la capital ofrecieron sus iglesias. Intervino el arzobispo. Finalmente, el 24 de septiembre, los capuchinos hicieron el primer traslado de la Santa Imagen a su iglesia, no lejos de la tumba del Padre Ángel que la había amado tanto.

El fervor popular sigue aumentando. Los peregrinos acuden en masa a la iglesia. Nuestra Señora de la Paz hace numerosos milagros.

Los descendientes del Padre Ángel se acuerdan ante estos hechos del tesoro de su familia. Su hija pequeña, María de Guise, hizo construir una capilla más amplia para honrarla.

El 9 de julio de 1657, tuvo lugar la inauguración de la segunda traslación de la estatua milagrosa, realizada por el Nuncio, en presencia del rey Luis XIV y de todo París.

Nuestra Señora respondió a su devoción. En 1658 vendría a darle gracias el rey por su curación, el 16 de agosto. Por su parte la Reina Madre, quiso dejar un exvoto: un cuadro de Minard como testimonio. Esta curación del rey de Francia por Nuestra Señora de la Paz resonó hasta en la Corte de Roma. De este modo el Papa Alejandro VII permitió celebrar cada año, el 9 de julio, en la fiesta de Nuestra Señora de la Paz, el oficio de la Inmaculada Concepción y acordó una indulgencia plenaria en ese día.

El santuario de Nuestra Señora se convirtió en un centro de peregrinaciones y se concentraba una muchedumbre, sobretodo en el día de su fiesta. Se le pedía la paz para Francia, la paz del mundo, la paz en las familias, la paz de los corazones... “Las consolaciones que cada uno recibe allí son indecibles”.

El P. Médard de Compiègne reunió en su obra todas las plegarias empleadas en la Capilla de los capuchinos. Larga lista que testimonia una verdadera oración universal dirigida a la Reina de la Paz, Reina de Misericordia. “Apenas hay persona que no haya sentido su asistencia”. De este modo continuó hasta la Revolución de 1789.

1790-1806: En los sombríos días de la Revolución, la Virgen de la Paz se oculta entre los piadosos “fieles... a la Iglesia Romana”.

En el mes de Agosto de 1790, los capuchinos fueron arrojados de su convento. Un religioso se llevó secretamente la estatua y la puso al año siguiente en manos de su Provincial, el Padre Zenón, de París. Este, para mayor seguridad, la hizo llegar a la Señorita Papin, hermana del Penitenciario Mayor de París. Un proceso verbal muy detallado acompañó a este depósito.

En 1792, la Srta. Papin confió la estatua a la Señora de Albert de Luynes, pero ya la había legado con todos sus derechos a su hermana, Señora Viuda Coipel, que permitió a la Sra. de Luynes conservarla mientras viviera. Esta hizo constatar su autenticidad por el Arzobispo de París, en 1802.

A su muerte en 1806, se disputan el honor y la felicidad de poseer a Nuestra Señora de la Paz. Definitivamente, el Señor Coipel, sobrino y heredero de la Señora Coipel, animado por su esposa, la cedió a la Madre Enriqueta Aymer de la Chevalerie, fundadora de la Congregación de los Sagrados Corazones de Picpus, a petición del P. Coudrin, fundador de la misma Congregación, a quien se había ofrecido la estatua.

3.- NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ DE PICPUS

La estatua

Nació del cincel del escultor del Renacimiento que le dio un sello francés. El nombre del artista permanece desconocido. Se le sitúa en el Languedoc. El estudio de la estatua permite suponer que fue un alumno de Michel Colombe, fundador de la escuela de Tours al comienzo del siglo XVI, que se propuso aclimatar en Francia la escultura italiana del Renacimiento.

Inspirándose en los cánones de Grecia y de Roma, el artista se puso a la obra. Su obra es de pequeño tamaño: 33 centímetros, sin pedestal. Es de color pardo, tirando a negro, de una madera cuya calidad es difícil de determinar.

Ligeramente inclinada hacia la izquierda, María está revestida del *chitón*, la túnica griega plisada y cerrada. Este vestido, de aspecto imperial, cae hasta los pies descubiertos, calzados con sandalias, al estilo romano. Por encima del chitón, una *camisola* renacimiento, de amplio escote cuadrado, con lazo entrelazado hasta la cintura y muy visible. Las mangas se amplían en estilo *kimono* y aparecen cuidadosamente sujetas en lo alto del brazo. Al caer toman la forma llamada *jamón colgante*. Sobre los hombros, un pañolón muy ligeramente recogido, según la moda del tiempo, con los extremos anudados en corto sobre el pecho, cayendo un poco. El resto de la vestimenta es específicamente griego.

María se envuelve noblemente con un *himation* o *peplos*, bordado a todo lo largo de su orla. Sostenido sin esfuerzo aparente, enrollado alrededor del brazo izquierdo, este manto deja el brazo derecho libre y descubierto. En su mano derecha la Señora tiene un ramo de olivo. Sobre su brazo izquierdo reposa, revestido de una camisa fruncida, el Niño Jesús, con los brazos extendidos. El Salvador, los cabellos al aire, y rizados, coge en su mano derecha una cruz y con la izquierda sostiene un globo.

La Virgen, también ella, lleva, al estilo antiguo, la cabeza descubierta. Su peinado imita el de los griegos de la época de las Guerras Médicas. Los cabellos, separados por delante, ligeramente ondulados y artísticamente trenzados, se escalonan en dos trenzas a cada lado de la cabeza. Un moño en forma de casco adorna la parte posterior del cráneo. Bucles sueltos caen libres sobre los hombros hasta el nacimiento de la espalda. Además, una quinta trenza, partiendo de la nuca y formando aureola, queda anudada por delante, en el centro de la cabeza en nudo perdido.

Terminado su trabajo, el escultor, contemplando su Virgen con perfil de medallón griego y con el simbolismo cristiano tan pacíficamente subrayado, pudo estar orgulloso de su obra. Había materializado su ideal... pero ¿en provecho de quién? Sin ninguna duda de un miembro de la familia de los Joyeuse. Efectivamente, esta “pequeña estatua de madera, de color pardo, muy preciosamente trabajada” es conocida en la historia del arte bajo el nombre de Virgen de los Joyeuse, y todos los historiadores coinciden en considerarla como “una heredad de la ilustre Casa de los Joyeuse”.

Las coronas

La corona grande de la Virgen, de estilo medieval, es de brillantes, perlas y rosas, montadas sobre oro y platino con un engarce en relieve y calado. El metal precioso está repujado, horadado y finamente cincelado, todo el conjunto embellecido por los diferentes matices del oro, oro amarillo, oro rojo y oro verde, obtenidos por dorados a fuego.

La corona del Niño Jesús es, en miniatura, la reproducción exacta de la corona de la

Virgen, con una diferencia, que la del Niño Jesús lleva sobre ella una cruz y la de la Virgen una muy bella estrella en brillantes.

Los cercos de las dos coronas están formados por una sucesión de hojas de laurel en una misma pieza. Sobre el cerco del de la Virgen se lee, en diamantes sobre platino, el saludo: "Ave Regina Pacis".

La palma de olivo, que la Virgen lleva en su mano derecha es de oro moldeado a mano y cincelado, con frutos y hojas de diferentes colores.

Estas graciosas obras maestras de orfebrería y joyería salieron de los talleres de la Casa Mellerio, llamada Meller, de la calle de la Paz, en París.

N. del T. - Esta impresionante avenida atraviesa la Place Vendôme en cuyo centro se levanta la inmensa columna coronada por la estatua del emperador Napoleón, en este barrio aristocrático de St. Honorato, contiguo a los Campos Elíseos, donde se halla cercano el Teatro de la Opera y la iglesia de St. Roque, en que predicó el Buen Padre en presencia (en la sacristía) de Pío VII. En algún lugar de la Avenida tomó residencia la Buena Madre, en los primeros momentos, antes de que aceptaran Picpus. Por el oeste corre la famosa rue de Tivoli, que separa este barrio del de las Tullerías, el Louvre y los Campos Elíseos. En él vivían las familias nobles dueñas de la estatua de la Virgen de la Paz.

4.- EL REY LUIS XIV CURADO POR NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ (CUADRO).

Propiedad hoy de los Museos Nacionales, este cuadro de Mignard destaca por la riqueza de los bordados, las trenzas de cabellos, las vestimentas remendadas de los capuchinos, su cordón, las baldosas del suelo... A la derecha del cuadro, el rey Luis XIV, enfermo, bajo su dosel del lecho, en Calais. A su cabecera: el cardenal Mazarino, la reina madre, el duque de Anjou, su hermano. En el centro, el retrato del rey. Y Francia, simbolizada por una mujer con manto con flores de lys, volviéndose implorante hacia la Virgen, los ojos llenos de lágrimas, mostrándole al rey. En el cielo, Nuestra Señora de la Paz, en figura de Junon (Nota: esposa de Júpiter, hija de Saturno, diosa del matrimonio). Sostiene el ramo de la paz. El Niño Jesús, en pie, le muestra al rey enfermo. En el suelo de pobres baldosas de su convento, los capuchinos prosternados imploran, así como otras varias personas. Encima del lecho real: el ángel de Francia muestra al rey a la Señora. En el centro del cuadro, la Religión, simbolizada por una mujer que tiene en su mano la capilla de los capuchinos y en el interior de esta capilla dos cirios enmarcan al Santísimo Sacramento.

El genio de Mignard, cortesano y artista, ha sabido respetar los dos puntos principales: el rey ocupa el centro, pero todos los rostros y gestos convergen en Nuestra Señora de la Paz.

5.- LA FAMILIA JOYEUSE.

Anne de Joyeuse

Primogénito de la familia y gran favorito. Tomó parte con su joven hermano Enrique, entonces con 16 años y medio, en el Asedio de la Fère, contra los protestantes. El coraje de los dos Señores fue notable. El rey le dio en matrimonio a la medio-hermana de la reina, hija del duque de Lorena. Anne fue el primero de los Joyeuse. Murió en el campo de batalla, en Coutras, en 1587, con su hermano Claudio de 16 años.

Enrique de Joyeuse

Nacido en 1563, deja Toulouse por París a los 13 años, llevando entre sus pertenencias la estatua de la Virgen Nuestra Señora de la Paz. El 28 de noviembre de 1582, se casó con Catalina de la Valette. En diciembre de 1585, nace su hija Enriqueta Catalina. El 8 de agosto, pierde a su mujer Catalina e ingresa en los capuchinos. En 1588 se va a Italia, de donde vuelve en 1592. Ese mismo año mueren su padre y su hermano Escipión. Obtuvo del Papa la autorización de ponerse al frente de las tropas católicas del Languedoc y fue nombrado mariscal. En 1596, vuelve a la corte con Enrique IV. En 1599 tomó el sayal de capuchino y murió en 1608.

Francisco de Joyeuse

A los 20 años, en 1582, es arzobispo de Narbona, cardenal al año siguiente y arzobispo de Toulouse en 1584. Negoció la reconciliación de Enrique IV con la Santa Sede. En 1600, fue delegado por el rey para recibir en Marsella a María de Médicis, que llegaba para su matrimonio. En 1601, sostiene sobre la pila bautismal al futuro Luis XIII. En 1605 fue nombrado arzobispo de Rouen y en 1610, corona a María de Médicis en San Denis. En 1614, consagra a Luis XIII en Reims. Muere en 1615, a los 53 años, Decano de los cardenales. Siempre se mostró cuidadoso de su deber pastoral, fundó en Pontoise uno de los primeros seminarios y, muy caritativo, mereció el nombre glorioso de “padre de los pobres”. Siendo niño había sido devoto de Nuestra Señora de la Paz.

6.- NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ LLEGA A PICPUS:

6 de Mayo de 1806,

Después de varios intentos de la Buena Madre Fundadora, el 6 de Mayo 1806, al canto del Salve Regina, Nuestra Señora de la Paz entra en Picpus y toma posesión de sus nuevos dominios. El 9 de julio siguiente Mons. de Chabot celebró un Oficio Pontifical, inaugurando su culto oficial en la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Sería su protectora, la centinela vigilante. En adelante la historia de Nuestra Señora de la Paz se confunde con la historia de la Congregación. Imposible dar detalles de todo ello. Nos contentaremos con recordar los momentos más singulares .

Habiendo recibido la Virgen de Joyeuse como un regalo del Corazón de Jesús, nuestros Fundadores pusieron la más entera confianza en Nuestra Señora de la Paz. La Madre Fundadora recurría a ella en todas las circunstancias difíciles y atribuyó las numerosas curaciones recibidas a la intervención de Nuestra Señora de la Paz.

Había ella declarado a su llegada: “Algún día deberemos nuestra conservación a esta santa imagen”. La profecía se ha realizado numerosas veces.

En 1814-1815, Picpus se halla en pleno campo de batalla. La casa se mantiene en paz, donde los mismos pequeños pensionistas se sienten seguros.

En 1830-1831, las hermanas se sustituyen sucesivamente ante Nuestra Señora de la Paz durante el asedio. Picpus no sufrirá siquiera los bombardeos. El 12 de abril de 1871, los Federados invaden la capilla y se apoderan de la estatua... pero aceptaron devolverla ante la petición suplicante de la Madre General. Las 84 hermanas encarceladas en la prisión de San Lázaro serán liberadas el 24 de mayo, sin daño alguno personal, aunque la casa fuera saqueada por la "Commune de París".

En 1899, en 1904-1905, en 1914-1918, en 1935-1945, siempre hubo una clara protección de Aquella en quien se ha puesto entera confianza.

Todo esto es reconocido no solamente por Picpus, sino por muchos otros lugares, desde donde llegan testimonios: de Inglaterra, de Holanda donde la villa de Meerssen construyó una capilla a Nuestra Señora de la Paz, en acción de gracias, en 1940, de España donde durante la guerra civil vela por sus hijas dispersas: ninguna fue dañada, de Honolulu donde su protección sobre todas las islas de Hawaii fue universal y públicamente reconocida en 1940...

Pero ¿qué hay en ello de extraño? En cada una de las fundaciones, a lo largo del tiempo y del mundo, cada superior y superiora lleva una estatua de Nuestra Señora de la Paz, copia de la auténtica que permanece en Picpus. En toda casa del Instituto, la Reina de la Paz tiene su trono y su culto se extiende por todas partes.

Se le dedican casas, escuelas, pensionados, Regina Pacis es su nombre oficial. Numerosas iglesias le son dedicadas y consagradas, sobretodo en las islas de la Polinesia: en las Gambier, Tuamotu, Tahiti, Australes. En 1960 una iglesia de Nuestra Señora de la Paz fue construida en Quito (contraportada de este número de Horizons Blancs). La catedral de Honolulu le fue consagrada. Un poco por todas partes en el mundo, iglesias continúan llevando este nombre bendito. Damos un resumen en nuestras páginas.

¿Y cómo olvidar la devoción de nuestros misioneros a Nuestra Señora de la Paz? La despedida de los primeros entre ellos se hacía siempre en Picpus, a los pies de la Señora y recibían del P. Coudrin, fundador del Instituto, como un precioso tesoro, una copia de la estatua bendita.

En alta mar, consagraban a María, Reina de la Paz, su misión y al llegar al puerto saludaban con la Virgen aquellas nuevas tierras de su Reino: "Paz a estas islas".

El desembarco de nuestros primeros misioneros en las islas Hawaii fue el 9 de julio de 1827, fiesta de Nuestra Señora de la Paz. El 9 de julio de 1834 se tomó en Valparaíso la decisión de partir en misión a las islas Gambier. La salida tuvo lugar el 16 de julio de 1834, fiesta de Nuestra Señora del Carmen. La primera Misa y el primer bautismo en las Gambier tuvo lugar el 15 de agosto de 1834: a la niña le pusieron el nombre de María, en honor de Nuestra Señora de la Paz, Patrona de la misión. Los misioneros no olvidan el remarcar estos hechos y estas fechas. Una parte de la caravana misionera desembarcó en Chile, quedándose en Valparaíso. Conservaron una estatua de la Virgen de la Paz. Fue la primera en ser venerada en Chile: la Virgen del P. Crisóstomo... Después lo fue en Perú, Ecuador, Bolivia. A la Virgen de la Paz la llamaban "la Negrita". A la Negrita se confiaba todo. La razón era la seguridad puesta en su poderosa y maternal bondad. Después sucederá lo mismo en Colombia, y hoy continúa honrándola en las recientes fundaciones de África ("Mamá wa Boboto" en Kinshasa) y de Asís, como en los países de Europa historia y los beneficios de Nuestra Señora tampoco. (N. del T. La autora sólo conoce su historia y no recuerda lo que ha significado la Virgen de la Paz en Torrelavega desde 1881 y 1921 para Has. y Hos)

Esta Señora ha tenido también sus horas de gloria y de fiestas. Señalemos el 1906,

año de su centenario de la llegada a Picpus... una tierra santa desde siempre: fue en “Picquepuce-les-París” donde en 1572 se establecieron los primeros padres capuchinos en Francia, antes de trasladarse al barrio de San Honorato, donde se convirtieron en guardianes de Nuestra Señora de la Paz... El 6 de Mayo sube hacia Dios un canto de acción de gracias, durante las ceremonias de la jornada, pero la fiesta culmina el 9 de julio 1906: la Virgen y el Niño que lleva fueron coronados, en nombre de Su Santidad el Papa Pío X, por Mons. Amette, en medio de una asistencia numerosa, vibrante de alegría y reconocimiento.

En el año mariano de 1954, se reúnen en la Basílica de San Pedro, las Vírgenes coronadas del mundo entero. Con Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, de la calle de Bac y Nuestra Señora de la Paz de la calle de Picpus, se vio representada la diócesis de París en aquellas fiestas.

En 1956, las fiestas del 150º aniversario, recordaron y ampliaron las de su centenario.

Siempre ha celebrado su fiesta anual del 9 de julio, de modo solemne y precedida de una novena. Ha tenido durante mucho tiempo su fiesta mensual, cada primer sábado de mes, con imposición de la estatua milagrosa a la comunidad de Picpus y a los fieles presentes.

Ultima atención del Corazón de María a sus hijos amantes: el decreto de aprobación de las Nuevas Constituciones de los Padres de los Sagrados Corazones, el 9 de julio de 1990, dado en Roma ese día, en conmemoración de María, Santísima Reina de la Paz, Patrona de las Misiones y de la Congregación, con el deseo de “que ella sea siempre fuente de inspiración y de fuerza para todos y todas, en la misión que el Señor les ha confiado”.

Maïda Carlier, ss.cc.

7.- NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ, MADONA UNIVERSAL. AYER Y HOY.

Los primeros misioneros de los Sagrados Corazones que abordaron, el 7 de agosto de 1834 las islas **Gambier** – los PP. Honoré Laval y Clair Fouqué – pusieron a continuación la Misión de Oceanía bajo el Patronato de Nuestra Señora de la Paz. El Vicario Apostólico, monseñor Etienne Rouchouze, consciente del singular lugar que ocupa esta devoción en la Congregación, la había pedido expresamente. Nuestra Señora de la Paz sería honrada en todos los países de Oceanía en que los religiosos de los SS. Corazones habían de ejercer su apostolado: Polynesia, islas Cook, Hawaii... y le fueron dedicadas numerosas iglesias.

La primera fue Nuestra Señora de la Paz de Akamaru, construida en 1834 en las islas Gambier. Seguirá en 1850 Nuestra Señora de la Paz de Tetamanu, en las Tuamotu Sud-Oeste, dos años más tarde, en 1852, Nuestra Señora de la Paz de Tiputa, en el Nor-Oeste de las Tuamotu. En 1858 se erigirá Nuestra Señora de la Paz de Tautira, en los distritos de Tahiti. En 1884, Nuestra Señora de la Paz de Tureia, en las Tuamotu-Este. En 1908 Nuestra Señora de la Paz de Tubuai, en las **Australes**.

La más imponente se construyó en 1975, en el valle de la Tepapa, en Papeete, con el nombre polinesio de “*María no te Hau*”: “Nuestra Señora de la Paz”. Se inauguró solemnemente el 7 de junio, en presencia de Mons. Acerbi, Delegado Apostólico, de Mons. Michel Coppentrath, arzobispo de Papeete y de Mons. Hervé-Marie Le Cléac’h, ss.cc., obispo de las islas Marquesas. Una muchedumbre muy considerable de fieles, llegados de toda

Oceanía: parroquias de Tahiti, de las islas Moorea, Anaa, Rangiroa, de las Marquesas y hasta de las islas Cook, llenaban la inmensa nave de unas 2.000 plazas.

Los desplazamientos entre las islas no son fáciles ni frecuentes, pero se preparan cuidadosamente y se realizan como una procesión de fe. Llevan con ellos frutos. Para los 53 Rarotongianos, de las **Cook**, llegados a esta inauguración, fue una peregrinación a las fuentes: *“La fe nos ha sido transmitida por los misioneros de Tahiti. Hemos venido aquí en reconocimiento de lo que hemos recibido”*. Y ofrecieron una estatua de Nuestra Señora de la Paz, realizada por un artista Rarotongiano, Virgen de una gran dulzura, que expresa muy bien lo que con ella se quiere representar.

En las islas **Marquesas**, varias iglesias están dedicadas a Nuestra Señora de la Paz: una en Anako, en la isla de Nuku Hiva, otra en Onoa, en la isla de Fatuiva, una tercera en Hakamahii, en la isla Ua-Pou...

Nuestra Señora de la Paz es muy honrada en las islas **Hawaii**. La Catedral de Honolulu, la capital, fue consagrada a esta Virgen el 15 de agosto de 1962. En el mismo año, la Casa Provincial de las religiosas de los Sagrados Corazones de Honolulu fue también consagrada a Nuestra Señora de la Paz y tomó el nombre de *“Regina Pacis”*. En 1988 consagración de la casa *“María O Ka Malu”*, traducción hawaiana de Nuestra Señora de la Paz. En Kaimuki, el colegio de las hermanas SS. CC., lleva también el nombre de Nuestra Señora de la Paz.

Continuando con Hawaii, grupos de laicos han escogido este nombre y título: Los Caballeros de Colón; Sociedad Nuestra Señora de la Paz; la Fraternidad *“O Maluhia Maui”*, Orden Franciscana Secular. La devoción a Nuestra Señora de la Paz es muy reconocida y alentada en todos los establecimientos regidos por la Congregación de los Sagrados Corazones, en los que los alumnos invocan a esta Señora cada mañana; en la comunidad parroquial de la catedral en la que los fieles festejan cada año el 9 de julio y en toda la diócesis de Honolulu, que acaba de confiar por entero el Sínodo Diocesano del año 2000 a Nuestra Señora de la Paz.

En **Corea del Sur**, Nuestra Señora de la Paz es también honrada, en el Camp Humphreys, puesto de la Armada Americana, gracias al Mayor Mike Travaglione, sacerdote franciscano y capellán militar, que tiene una gran devoción a esta Señora. Ha pedido que se le envíen desde Francia algunas estatuas de Nuestra Señora de la Paz, convencido de que por su intercesión se podrá evitar otra guerra en la península coreana.

El **Ecuador** es un país donde la devoción a Nuestra Señora de la Paz está particularmente viva. En Quito se encuentra la bella iglesia Nuestra Señora de la Paz, reproducida en la contraportada de esta revista, construida por los Padres de los Sagrados Corazones, bajo el mandato del Padre Charles Albisser, y que la Congregación ha legado al clero secular del país. La devoción a esta Virgen es considerada como una tradición en todos nuestros centros de educación, que a menudo llevan su nombre: Escuela *“Reina de la Paz”* en Quito, escuela *“Regina Pacis”* en Guayaquil. Comunidad *“Nuestra Señora de la Paz”* en Quito, Centro Social del mismo nombre, también en Quito. Señalemos también que nuestro antiguo colegio de Rumipamba, hoy universidad, ha conservado la estatua de Nuestra Señora de la Paz en su frontón de entrada. Y cada año, el 9 de julio es festejado por todas partes con mucho fervor.

En **Perú**, uno de nuestros cuatro colegios de hermanas de los Sagrados Corazones, que está en Lima, lleva el nombre de *“Reina de la Paz”*. Aquí también en todas las comunidades y colegios, hay una estatua de Nuestra Señora de la Paz que es honrada con devoción, y cada 9 de julio, su fiesta se celebra con fervor, como en el *“Jardín de Nazaret”*, centro escolar parroquial para los pequeños, dirigido por una de nuestras Hermanas.

En los colegios, los antiguos alumnos han conservado la costumbre de ofrecer su ramo de novia a Nuestra Señora de la Paz, el día de su matrimonio, mientras que los antiguos alumnos del colegio de los Sagrados Corazones de Arequipa vienen a presentar a esta Señora sus pequeños bebés recién nacidos.

En **Brasil** está la “*Comunidad Rainha da Paz*” en Belo Horizonte y en Paraguay la “*Comunidad Nuestra Señora de la Paz*” en Asunción.

En **México** la casa de la fundación de las Hermanas SS. Corazones lleva el nombre de Nuestra Señora de la Paz: fue inaugurada el 9 julio 1986. La fiesta de Nuestra Señora de la Paz reviste cada año una importancia particular. A la salida de la Eucaristía, la estatua es impuesta sobre la cabeza de cada asistente. Hacemos lo mismo en la apertura de cada nueva comunidad. La fiesta se prepara con una novena que se termina con una celebración en la que participan todos los hermanos y hermanas SS.CC.

En **Bolivia**, la comunidad de Hermanas SS. CC. de la Paz se llama “*Nuestra Señora de la Paz*”. En **Chile**, el Hogar para Niños Pobres de El Carmen está dedicado también a “*Nuestra Señora de la Paz*”. Y en **Colombia** la comunidad ss.cc. de Medellín lleva el mismo nombre.

Entre los Hermanos, Nuestra Señora de la Paz es honrada también en todos lugares. Mencionemos la parroquia “*N. Sra. Rainha de Paz*” en Belo Horizonte, en **Brasil** y la parroquia “*Nossa Senhora de Paz*” en Ferraz de Vasconcelos, en el mismo país. En **Chile**, la Residencia “*Nuestra Señora de la Paz*” en Santiago. En **México** una capilla “*Nuestra Señora de la Paz*”. En **Japón** la “*Queen of Peace Parish*”, parroquia de los Sagrados Corazones en Tsuchiura. En los **Estados Unidos** la parroquia “*Queen of Peace*” de Harlingen, la “*Queen of Peace Rectory*” de Harper Woods y la “*Queen of Peace Seminary*” de Jaffrey.

En **Francia** la capilla de los Sagrados Corazones de Picpus en París, donde se encuentra la estatua original de Nuestra Señora de la Paz, continúa recibiendo peregrinos de todo el mundo. Una de las dos comunidades de Hermanas SS.CC. de Picpus, lleva también el nombre de la estatua milagrosa. Recordemos también que la antigua Escuela de las Hermanas de los Sagrados Corazones de Le Mans, transferida después de la venta de la casa, continúa llevando, por deseo de los padres de alumnos, el nombre de Nuestra Señora de la Paz.

En **Europa** hay que señalar el *Noviciado “Regina Pacis”* de Burgbrohl, en **Alemania**, el Colegio “*Regina Pacis*” de Bruselas en **Bélgica** y terminamos este recorrido del horizonte – con seguridad no exhaustivo – por la solemne entronización de una estatua de Nuestra Señora de la Paz en la parroquia del Beato Damián de Molokai en Courtrai, en Bélgica (Flandes) el 20 de diciembre de 1998.

Todo comenzó por una visita a Picpus, una prolongada oración a la Virgen Milagrosa Nuestra Señora de la Paz... y la generosidad de Sr. Marie-Lucie Geniteau, Superiora Provincial de las Hermanas, que hizo el regalo de una estatua grande de Nuestra Señora de la Paz al párroco de esta parroquia. La instalación en el presbiterio de la iglesia de esta estatua de Nuestra Señora de la Paz, haciendo pareja con la del Beato Padre Damián de Veuster, marcó los 40 años de presencia de los Padres de los Sagrados Corazones en esta parroquia, inicialmente dedicada al Sagrado Corazón. Al final de la Misa solemne, unos 500 fieles se adelantaron hasta su párroco, el P. Denys,ss.cc. para recibir la imposición de la estatua milagrosa, para que ellos a su vez se conviertan en misioneros de la Paz en su familia, en su entorno... Que Nuestra Señora de la Paz continúe pacificando este mundo de hoy, tan necesitado de esta paz.

N. del T. - El autor de este artículo “ignora” de nuevo a **España**. Todos conocemos que las Hermanas se habían adelantado con su presencia en *Torrelavega*, al fundar en 1881 su “Colegio de los Sagrados Corazones”. A la llegada de nuestros Hermanos en 1921, tanto el colegio, como el escolasticado, la comunidad y la iglesia, todo fue puesto bajo la protección de Nuestra Señora de la Paz. Por eso desde entonces, el colegio es “*Colegio de Nuestra Señora de la Paz*”, y la iglesia fue la “*Iglesia de Nuestra Señora de la Paz*”, que en el año 1980 fue erigida como parroquia conservando su nombre titular de “*Parroquia de Nuestra Señora de la Paz*”. Por cierto, desde hace dos años, está ubicada en la calle Beato Padre Damián, nombre con el que se ha sustituido el antiguo que llevaba de Pando, por decisión unánime del Ayuntamiento de la ciudad.

Oración a Nuestra Señora de la Paz

Señora de la Paz, María,
permanece siempre con nosotros,
en estos tiempos atormentados.
Madre, sabes lo que significa
estrechar entre tus brazos
el Cuerpo muerto de tu Hijo.
Evita, pues, a todas las madres del mundo
la muerte de su hijo,
los tormentos de la esclavitud,
las destrucciones de la guerra
y las persecuciones,
los campos de concentración y las prisiones.
Conserva en todas las madres
la alegría de dar a luz,
la alegría de ver el desarrollo de la vida.
En nombre de esta vida
del nacimiento del Señor,
implora con nosotros
la paz y la justicia en este mundo.
Madre de la Paz,
permanece siempre con nosotros
en estos tiempos atormentados.

Juan Pablo II

8. NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ

MADONA DEL MIDI

Conservador de varios museos en Toulouse, el Sr. Mesuret, después de haber examinado una serie de fotos de Nuestra Señora de la Paz, se expresaba así:

“Colocaría esta imagen en el segundo cuarto del s. XVI, en cuanto al estilo y al vestido, con las hombreras en baldaquino y el moño que recoge sus cabellos. La creo totalmente tolosana, o al menos languedociana, pero no es posible dar una atribución exacta, porque ha desaparecido su cobertura, por tanto aparece mutilada”.

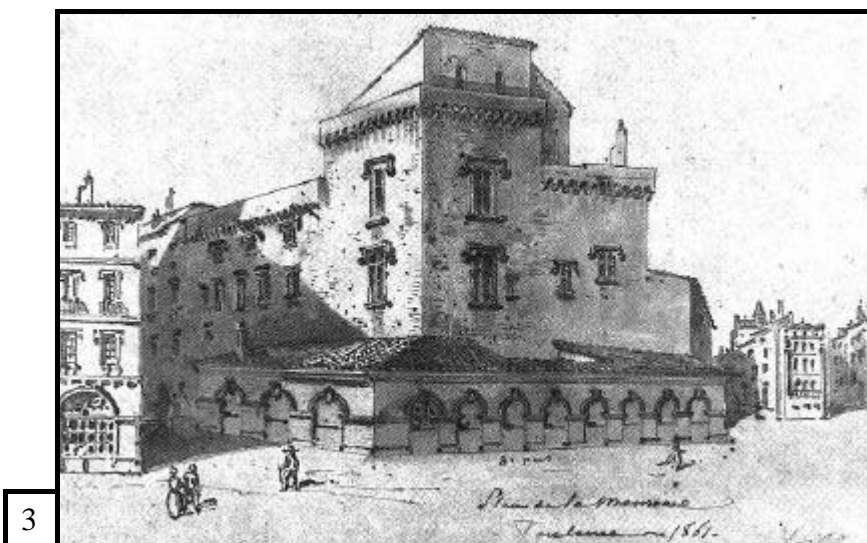
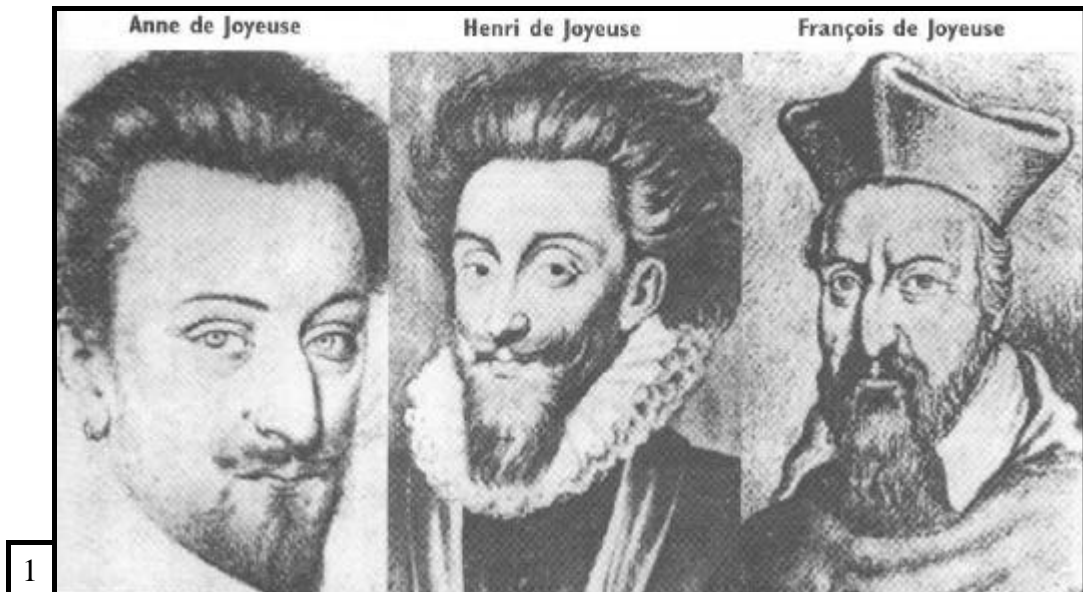
La talla de madera no se destinaba más que como soporte de la policromía. A ambos lados de los Pirineos, las esculturas de esta época estaban siempre doradas, estofadas y “encarnadas” (¿la carne que recubre la divinidad?...). San Juan de la Cruz decía, por otro lado, que el pintor tenía siempre la última palabra. El oro y los colores tenían como soporte directo una preparación de algunos milímetros de espesor. El colorido acentuaba o disminuía los volúmenes y la obra resultaba modificada. Añadamos que un grabado del s. XVII, del que el Sr. Mesuret no había tenido conocimiento, confirma su opinión: la Virgen está presentada vestida como las Madonas del Midi. Podemos concluir con toda certeza que la estatua fue esculpida en el Langedoc, en la época de Renacimiento francés, por un artista desconocido. La original era una estatua pintada y vestida. Posteriormente la obra fue “limpiada” (hasta llegar a la madera). ¿Fecha de nacimiento? Hacia 1518, 1525, 1550...

Desde 1518 Juan de Joyeuse abandonó el castillo de Joyeuse, casa solariega del siglo XII, en la Ardèche, para instalarse en el castillo de Couiza, en el Bajo Languedoc, que le había aportado como dote Francisca de Voisins. Hacia 1530, la Señora de los Joyeuse hacía su entrada en esta morada. El castillo de Couiza fue, por tanto, la primera residencia de Nuestra Señora de la Paz. De su matrimonio con Juan Joyeuse, Francisca de Vosins tuvo dos hijos. El mayor estaba destinado en el ejército, el segundo, Guillermo, en la Iglesia. Muy poco atraído por las órdenes sagradas, este último escogió la carrera de las armas a la muerte de su hermano. En 1557, se desposaba con María de Batarnay, cuñada del Condestable de Montmorency. La Virgen de Joyeuse fue su parte de herencia.

Nombrado gobernador del Languedoc en 1561, Guillermo de Joyeuse fue a ejercer su mandato en el Hotel de la Tesorería, en Toulouse. Llevó allí a la Virgen y la mayor gloria de este Hotel fue el haber sido un santuario para nuestra Señora de la Paz. Nacieron siete hijos de este matrimonio. Cercanos a la Madona aprendieron a conducirse como verdaderos caballeros de María. Dos murieron jóvenes, los otros cinco: Anne (varón), Francisco, Enrique, Escipión y Claudio, gozaron de gloriosas carreras. El joven Enrique era el más piadoso. A los trece años manifestó sus deseos de ser novicio y pasar toda su vida con el hábito de San Francisco. Pero su padre se opuso a ello y para alejarle de esa decisión, le envió al Colegio de Navarra, en París, para que se uniera allí con sus hermanos Francisco y Escipión.

Había que obedecer. Para consolarle, su madre le entregó la estatuilla de Nuestra Señora de la Paz, su más querido tesoro. La Madona dejó definitivamente el Midi y, hacia la mitad de noviembre de 1576, hacía su entrada en la capital... El Colegio de Navarra iba a convertirse en la tercera morada de la Virgen. La llevó consigo en 1582 a su nueva residencia, el Hotel de Bouchage, muy cerca del Louvre y muy cerca del convento de los capuchinos, donde llevará la preciosa estatua al hacerse novicio de esta Orden, el 4 de septiembre de 1587, bajo el nombre de Hermano Ángel.

3. – I L U S T R A C I O N E S




LE
COVRTISAN
 PREDESTINE',
 O V
 LE DVC
DE IOYEVSE
 CAPVCIN.

Divise en deux parties.

Par M^r DE CAILLIERE, Marechal
 de Bataille des Armees du Roy,
 Commandant pour le service
 de sa Majesté dans la Ville &
 Château de Cherbourg.

DEDIE A MADEMOISELLE



PARIS,
 Chez J. B. ANDRÉ, rue Saint
 Jacques, à l'Image S. François, joignant
 la vieille Poste.

M. DC. LXII.

¶ Avec Privilège & Approbation.

6

HISTOIRE
 DE NOSTRE DAME
DE PAIX.
 AVEC LE RECIT
 véritable des merueilles arrivées
 deuant cette sainte Image, qui est
 en l'Eglise des RR. PP. Capucins
 de S. Honoré; & quelques Prieres
 en suite pour le Roy, la Reine, &
 autres selon le besoin d'un chacun.

Qui elucidant nos vitium aeternam habebunt.
 Ecclesiastic. cap. 24.

Par le R. P. MEDARD de Compiegne,
 Predicateur Capucin.



A PARIS,
 Chez GILLES ANDRÉ, au Clois.
 S. Iulian le pauvre, proche la Fontaine
 S. Seuerin, à l'Image S. François.

M DC LX.

Avec Privilège, Permission & Approbation.

5

Notice historique
 SUR LA
STATUE MIRACULEUSE
 DE
NOTRE-DAME-DE-PAIX.
 Vénérée
 DANS LA CHAPELLE DES SOEURS
 DE LA CONSERVATION DES SACRÉS CORDES
 DE JÉSUS ET DE MARIE,
 ET DE L'ADORATION PERPETUELLE
 DU TRÈS-SAINTE-SACREMENT DE L'AUTEL.
 A PARIS, RUE DE PICPUS, N^o 18.

PAR F.-J. HILARION,
 Poète de Poésie.

PARIS.
 M. MÉVÉRIER, rue de MONTMARTRE, N^o 122.
 A LA SOCIÉTÉ DE SAINT-NICOLAS,
 rue des MATHURINS, N^o 15. | rue de MONTMARTRE, N^o 50.
 DEHESSE FRÈRES, Libraires,
 Rue des Fils-de-Pier, 7.
 A LYON, chez MESSIEUR, Grande rue, N^o 33.

1837.

7



8



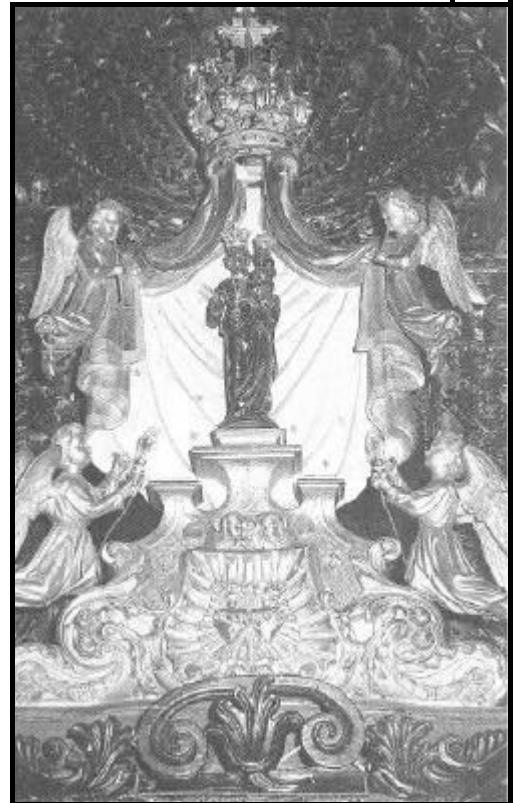
9



10



11



12

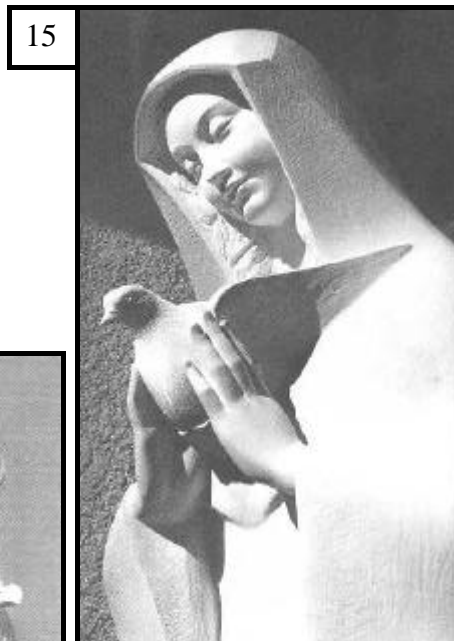


13



Reina de la paz, ruega por nosotros

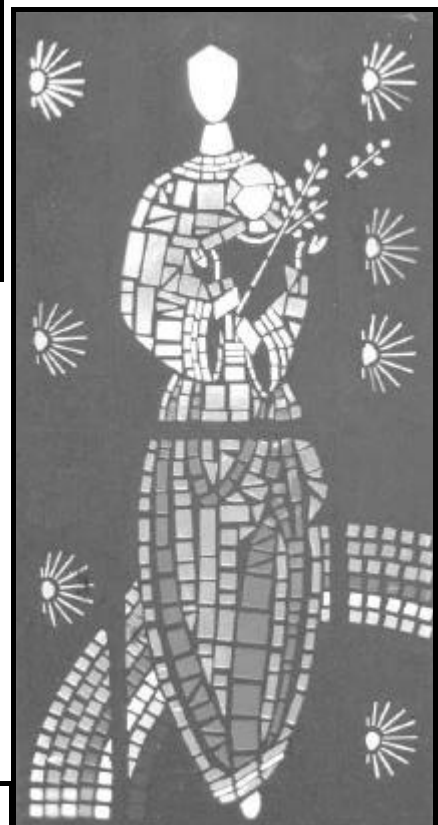
14



15



16



17

LAS ILUSTRACIONES DE ESTE FOLLETO...

Habrá que ser comprensivos con estas ilustraciones, apreciando su valor documental informativo más que el artístico. La mayoría están tomadas de *"Horizons Blancs"*. La información se hace lo más breve posible, enviando a sus lugares respectivos del texto en el que se habla de ellas, simplemente con una nota numérica (27...) que indica la página.

- 1.- Los personajes de la familia de Joyeuse, los tres varones, de que se habla en pg. 20
- 2.- Castillo renacimiento de Couiza, a las orillas del río Aude, en el bajo Languedoc, cuadrado y con cuatro torreones, la parte interior al abrigo de curiosos y del viento. Residencia agradable a pesar de su aspecto severo. Fue la dote que aportó a su matrimonio Francisca de Voisins en 1518, al casarse con Juan de Joyeuse, que desde entonces habitaron el castillo. Hacia 1530, la Virgen de los Joyeuse llegó a ella y tuvo aquí su primera morada. Pag. 26.
- 3.- Hotel de la Tesorería en Toulouse, residencia del Gobernador del Languedoc en 1561, Guillermo de Joyeuse, en que nacieron siete vástagos de la familia, residencia que fue un verdadero "santuario" de N  S  de la Paz. Pg. 26
- 4.- Imagen de N  S  de la Paz, en la iglesia de las familias propietarias del cementerio de Picpus. Passim
- 5.- Reproducción de la carátula del librito "Historia de N  S  de la Paz", por el P. Médard de Compiegne, predicador capuchino, 1760. Pg. 6 y otras.
- 6.- Carátula del librito "El cortesano predestinado o El Duque de Joyeuse, capuchino". Se refiere a Enrique de Joyeuse, después P.  ngel, que heredó la imagen. 1672. Passim y pg. 6.
- 7.- "Folleto histórico sobre la estatua milagrosa de N  S  de la Paz, venerada en la capilla de las Hermanas de los SS.Corazones... en Picpus, n  15. Por el P. F.- Hilarión – 1837. Pg 4.
- 8.- Grabado de la Virgen de la Paz impreso en el librito del P. Hilarión.
- 9.- Cuadro ex-voto ofrecido por la Reina Madre a la capilla de los capuchinos en la calle de San Honorato, en París, por la curación milagrosa de su hijo Luis XIV. El cuadro del "rey sol" ocupa el centro de la escena, pero no el de la veneración, centrada en la Virgen de la Paz, portadora de una rama de olivo. Su Hijo en pie señala el cuadro a su Madre, que extiende su brazo en gesto protector. Lo mismo hace la mujer, Francia, revestida del manto real de flor de lis, intercediendo por su rey. Los capuchinos postrados imploran por el rey, como otro grupo de personas, anciana, madre, jóvenes y niños. Pero nadie dirige su mirada al rey. En el ángulo superior derecho, un  ngel señala a la Virgen y al rey en su lecho de enfermo bajo dosel, acompañado por la Reina Madre, el cardenal Mazarino y el Duque de Anjou, su hermano. Pg. 19.
- 10.-Esta ilustración reproduce una acuarela de Eugenio Labreux, restaurador de pinturas de Versalles y representa la llegada de N  S  de la Paz a Picpus el 6 de mayo de 1806. Las sucesivas y difíciles gestiones de la Buena Madre, que sabía moverse en los salones y en las entrevistas personales con la aristocracia, lograron al fin la preciada estatuilla, sobre la que hasta algunos nobles españoles pujaban por su posesión. Aquí la Buena Madre la entrega al Buen Padre, formando ambos un grupo de precioso gusto est tico.

Después la entronizaría en la capilla de las Hermanas. Al fondo la primitiva capilla, con vivienda encima, y a izquierda el pabellón en que murió el Buen Padre. Pg. 20.

- 11.- En la actual iglesia de Picpus, pared frontal de la capilla lateral en que se encuentra entronizada la imagen sobre un alto templete de fina orfebrería. Un artilugio en la parte baja puede hacer descender la imagen por el interior y poder cogerla abriendo la reja dorada. A ambos lados, una pequeña muestra de pequeñas placas de ex-votos, en acción de gracias por los beneficios obtenidos. Dos singulares candeleros sobre el suelo. Anteriormente estuvo muchos años en un gran templete altísimo detrás del altar mayor.
- 12.- Trono de esplendores en el Perú, enmarcado por cuatro ángeles, dos trompetistas y dos lucernarios. Gloriosa corona y sólido soporte, con el gran escudo de los Sagrados Corazones. Se encuentra en el colegio de Lima. Ver artículo nº 6, en pgs. 20-22.
- 13.- Aquí un homenaje, este viviente, en las calles de Honolulu. Gran desfile con gran carroza portando a la Virgen de la Paz viviente. En el arco de la carroza, el nombre de "Reina de la Paz", flanqueado por dos fechas, 1827 y 1977, festejando por tanto los 150º años de la llegada de los primeros misioneros de la Congregación a las entonces islas Sandwich. En el frontal de la carroza va reproducida la catedral de Honolulu, dedicada y consagrada a Nª Sª de la Paz desde los comienzos de la Misión de Hawaii. En su exterior se mantiene, sobre un nuevo pedestal, la estatua de tamaño natural del antiguo monumento elevado a la Virgen de la Paz, patrona de nuestras misiones.
- 14.- Una sobria y estilizada versión de la imagen de la Virgen de la Paz, con un gesto de dignidad serena, que impone señorío y paz, reflejados tanto en la Madre como en el Hijo. Sobre su pie izquierdo sobresale la cabeza de una paloma, su mejor pedestal.
- 15.- También la paloma de la Paz configura esta imagen de Nuestra Señora, sostenida y liberada para su vuelo que está a punto de emprender. La paz no es regalo de posesión sino de donación: "Mi paz os dejo, mi paz os doy" (Jn. 24-27). Desde que concibió en su seno al Príncipe de la Paz, por obra del Espíritu Santo, y lo dio a luz, la paloma de sus manos es el mismo Espíritu de su Hijo, a quien no lleva por eso en sus brazos. Reflejos de paz de su rostro, suma sencillez de rasgos, bondad de corazón que no puede esconder, la convierten en la esposa del Cantar de los Cantares.
- 16.- Ingeniosa y graciosa concepción de la Virgen de la Paz, realizada en cerámica policromada a fuego, que se halla en La Louvesc (Ardèche), ciudad que alberga los restos del gran Apóstol que fue, en esas regiones del sur de Francia de la región del Languedoc, San Juan Francisco de Regis. El Buen Padre, entonces Vicario General de Mende, llevó emocionado las andas con los restos del santo, que volvían así a la ciudad en que, en la plenitud de su vida, murió gastado por los esfuerzos evangelizadores y de caridad.
- 17.- Una hermosa y muy reciente vidriera que han colocado sus creadores, los PP. Osvaldo Aparicio y Conrado Monreal, en la comunidad de Talayuela (Cáceres) y cierra, de alto en bajo, el pasillo de la casa. En esta, más que en otras, la falta de sus colores deprecia la imagen, vestida de azul que se va ensombreciendo desde el claro y transparente superior, lo mismo que los ausentes del arcoiris de la Paz, paz del cielo con la tierra, del que emerge su figura. No tiene rostro personal porque es el de cualquiera de los que crean la paz y a él pueden asomarse, si antes han examinado con atención y serenidad, con severidad, su propio corazón. La madre y el niño nos lanzan un reto de paz. ¡Paz en la tierra a los hombres que ama el Señor!

4. – A N N A L E S S S. C C.

ENRIQUE DE JOYEUSE: EL “PADRE ANGEL”

El 9 de julio es la solemnidad de Nuestra Señora de la Paz, fiesta que se celebra en todo nuestro Instituto. Su estatua milagrosa es honrada desde 1806 en la iglesia de nuestras Hermanas en París, calle de Picpus, 35.

A veces se oye preguntar, ¿de dónde procede esta estatua? “No se conoce en qué siglo fue tallada esta piadosa imagen, responde el P. Hilarión, ss.cc. pero su antigüedad no puede ponerse en duda. La casa de Joyeuse mantuvo durante mucho tiempo su propiedad y este precioso depósito fue siempre confiado a aquel de los descendientes de esta ilustre familia que mostraba el mayor interés por poseerla y la mayor devoción hacía María.

Bajo el reinado de Enrique III, fue donada al duque (Enrique) de Joyeuse, tan conocido posteriormente con el nombre de “Padre Ángel”, cuando renunciando a las grandezas del siglo, se hizo capuchino (1587). La estatua milagrosa le acompañó en su nueva morada y acabó por ser colocada en una capilla cercana a su tumba, en el convento de los capuchinos de la calle San Honorato de París. Allí permaneció hasta la Revolución (1790)

En aquella hora crítica en que tantas imágenes fueron profanadas, el R.P. Zenón, Provincial de los capuchinos, confió la estatua milagrosa a una piadosa señorita –la Srta. Papin- con esta sola condición, “la de devolverla a las capuchinas de la Plaza Vendôme, en el caso en que estas santas hijas estuvieran todavía en su monasterio en el momento en que la Providencia llamara a la señorita Papin al seno de su misericordia”.

Cuando la señorita Papin murió, no quedaba un solo monasterio en Francia (1802); la propiedad de Nuestra Señora de la Paz pasó entonces a su hermana, Señora Coipel; y a la muerte de ésta, poco más tarde, a su sobrino Sr. Coipel que, de acuerdo con su mujer, transmitió todos sus derechos a la Rvdma. Madre Enriqueta Aymer de la Chevalerie, superiora general de las religiosas de los Sagrados Corazones. La Buena Madre, sin embargo, no la obtuvo más que después de la muerte de la Señora d’Albert de Luynes, a quien había dejado en depósito la santa imagen la Srta. Papin. Solo el 6 de mayo de 1806, la estatua fue recibida en Picpus y depositada en la iglesia de las hermanas. Desde entonces, no ha cesado de ser honrada allí y de llenar de gracias a cuantos la han invocado con fe. (Ver “Notice historique sur N.D. de la Paix”, H.L.1837). El 9 de julio de 1906, (centenario de su llegada a la Congregación), fue solemnemente coronada, en nombre del Soberano Pontífice, por Mons. Amette, representando al cardenal Richard, arzobispo de París. (...)

Volviendo a *Enrique de Joyeuse* que había recibido en herencia la estatua milagrosa, una memoria de aquel tiempo dice que amaba de tal modo a Nuestra Señora de la Paz, que la llevaba realmente en su corazón. La historia de este duque ha sido objeto de monografías nuevas interesantes. El sacerdote Brémont, particularmente, le consagra bellas páginas en su “*Histoire littéraire du sentiment religieux en France (IIº vol.)*”; desautoriza noblemente los viles ataques de Voltaire, quien en su *Heriade* (cap. IV), lo presenta como: *vicioso, penitente, cortesano, solitario, tomando, dejando, volviendo a tomar la coraza y el vestido de cilicio*.

.....

“Era, según creo, el atractivo mismo, la seducción, escribe el sacerdote Brémont, la perla entre todos los de su familia, y esto es decir mucho. Se convirtió muy pronto en favorito de Enrique III. Ahora bien, es durante esta amistad con el rey cuando parece haber es-

cuchado la llamada decisiva que le invitaba a dejar el mundo. Volvía de la villa en carroza con Enrique III, cuando de repente vio pasar dos pobres capuchinos con la alforja al hombro. “Mantuvo largo tiempo su mirada sobre ellos, cuenta uno de sus primeros biógrafos. El rey, viéndole tan pensativo de repente y con los ojos inmóviles sobre aquellos religiosos que incitaban a los espíritus más duros a devoción, por la sola austeridad que transparentaban sus hábitos, juzgo por ello que los tenía tanto en los ojos como en el corazón.”.

De hecho, el mes de septiembre de 1587, poco después de la muerte de su mujer, cuando acababa de cumplir 24 años, entró en su convento. “Y poco faltó, añade su historiador, para que Enrique III no cayera pasmado de espaldas”, al ver a su compañero de todos los días, “con semejante hábito, rasurada la cabeza y descalzos los pies”. El P. Hilarión ss.cc. afirma que rezando a los pies de Nuestra Señora de la Paz, fue como Enrique de Joyeuse se sintió invitado a dejar el mundo.

Su hermano, cardenal, vino a verle y al encontrarle con tan buen aspecto, dijo al Padre que lo acompañaba: “Qué buen aspecto tiene mi hermano! Estoy convencido de que usted le prodiga buenos cuidados” – “ Sin duda, Monseñor, le damos berza, cebolla y habas cocidas. Es el pan de la gracia que le prepara el Señor; es la felicidad de ser religioso y la paz del alma, las que le proporcionan ese aspecto extraordinario”

En 1592, habiendo muerto su hermano, Escipión de Joyeuse, gobernador del Langedoc, las poblaciones, privadas de sus jefes, quisieron que el “capuchino” sucediera al difunto. Se mostraron tan vehementes en sus reclamaciones, que amenazaron con quemar el convento si no se rendía a sus deseos. Después de muchas dudas, el Padre Ángel aceptó las dispensas que le ofrecía la Santa Sede. Su hermano, el Cardenal Arzobispo de Toulouse, le ciñó la espada y él se puso al frente de las tropas.

“Trataba a cada uno según su grado y cualidad, con una compostura tan relevante y cumplida, señala Jacques Brouse, como si jamás hubiera estado en el claustro, mostrando con su natural delicadeza que se asemejaba un tanto a la de un religioso, un porte tan lleno de majestad que, marchando tras sus guardias entre la nobleza, se le notaba un algo fuera de lo común, que le hacía admirable para todos”.

Después de siete años de exilio en el mundo, Enrique de Joyeuse, volvió a ser el “Hermano Ángel”. Tomó al lado de Nuestra Señora de la Paz, “el áspero hábito, el grueso cordón, el manteo remendado y las sandalias para los pies; los ayunos, las disciplinas, comer a pan y agua, las humillaciones de besar la tierra, de barrer la casa”. Era en 1599. Ayudó a la Señora de Montmartre –María de Beauvillier- a reformar su monasterio y dicen que en ello tuvo más éxito que ningún otro, porque era dulce como su buen Señor, no queriendo apagar la mecha que aún humea. Bello elogio, como se ve.

Murió en un convento de Italia en Rívoli, volviendo de Roma a Francia, el 28 de Septiembre de 1608.

“Annales SS.CC.”,
1929, pp. 171-176

CENTENARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ

El 6 de Mayo de 1906 se cumplirán los cien años de la llegada de Nuestra Señora de la Paz a la capilla de Picpus. Recordemos por qué caminos quiso Dios hacer llegar tal regalo a nuestra familia religiosa.

En el momento de estallar la gran Revolución, la estatua de la Reina de la Paz se encontraba en París, en la capilla de los capuchinos de la calle de San Honorato. Estos religiosos se vieron obligados a abandonar su convento en el mes de agosto de 1790. Uno de ellos, queriendo sustraer la santa imagen a la profanación de los revolucionarios, se la llevó consigo; pero pronto se convenció de que no estaría segura en sus manos y preguntó a su Provincial, el R. P. Zenón, sobre lo que podría hacer para salvarla. El P. Zenón le invitó a confiarla a la Srta. Papin, sobrina del gran penitenciario de París, de quien sabía era muy devota de la Santísima Virgen. La estatua fue llevada efectivamente a la piadosa señorita y dejada a su disposición *con esta sola reserva, la de que a su muerte sería entregada a las capuchinas de la Plaza Vendôme*, siempre que estas religiosas estuvieran aún en su monasterio en esos momentos. Vale la pena reproducir el acta:

El que suscribe, provincial de los capuchinos de la provincia de París, certifica que en el mes de agosto último, momento en el que abandonamos nuestro convento de la calle San Honorato, un religioso se nos ha adelantado en el deseo que teníamos de hacernos con la imagen de Nuestra Señora de la Paz, festejada solemnemente y contemplada como milagrosa en nuestra casa; pero este mismo religioso, temiendo que tan precioso depósito no le fuera a desaparecer, vino a consultarme sobre la manera de colocarla convenientemente. Entonces me acordé de la tierna y cuidadosa devoción de la señorita Papin por las imágenes de la Madre de Dios y le envié a este religioso a quien entregó a Nuestra Señora de la Paz. En fe de lo cual, la he entregado la presente, en París, este 14 de julio de 1791”

F. Zenon, Provincial

Certifico además haber puesto como condición para la entrega a la señorita Papin de la Imagen y de la historia de Nuestra Señora de la Paz, que todo ello sería devuelto a las carmelitas de la Plaza Vendôme, de las que soy superior, en el caso de que estas santas hijas estuvieran aún en su monasterio en el momento en que la Providencia llamara a la señorita Papin al seno de su misericordia”

F. Zenon, Provincial

El monasterio de capuchinas de la Plaza Vendôme, como tantos otros, se lo llevó la tormenta revolucionaria y jamás volvió a establecerse. La Srta Papin se convirtió por tanto en dueña, que podía disponer de la santa imagen. Por necesidad de alejarse de París y no queriendo llevarla consigo, la confió a una antigua canonesa de Remiremont, la Señora Paulina Sofía d’Albert de Luynes, que tenía una particular devoción a Nuestra Señora de la Paz, a la que creía deber muchos favores. No era más que un depósito; porque la Srta Papin tuvo la precaución de hacer declarar por escrito que la estatua milagrosa le pertenecía y debía, en caso de fallecimiento, volver a su familia.

Esto es lo que sucedió. La Srta. Papin murió fuera de París y fue su hermana viuda Coipel, nacida Papin, quien se convirtió en la legítima propietaria de Nuestra Señora de la Paz. Esta, sin embargo, sabiendo cuánto gozaba con la santa imagen la piadosa canonesa,

consintió en dejársela mientras viviera.

La Sra. d'Albert de Luynes viéndose segura en la tranquila posesión de la Virgen milagrosa, se creyó en el deber de hacer constatar la perfecta autenticidad por la autoridad diocesana. El 6 de abril 1802, el Sr. Floriac, vicario general del Arzobispado de París, fue a su mansión de la calle de la Universidad para reconocer allí oficialmente la santa imagen y dejó entre las manos de la piadosa canonesa este proceso verbal:

“Nos, abajo firmante Mons. Ilustrísimo y reverendísimo Antonio Eleonor León de Juigné, arzobispo de París, etc., invitado por la Señora d'Albert de Luynes a trasladarnos a su mansión situada en la calle de la Universidad, para examinar allí y verificar la estatua de Nuestra Señora de la Paz, que allí está depositada, nos hicimos presentes en el lugar en este día y después de haber examinado una pequeña estatua de la Santa Virgen, de madera, de color oscuro, de la que no se pueden certificar con exactitud las cualidades, que tiene once pulgadas de altura, sin contar el pedestal, que lleva en su brazo izquierdo al Niño Jesús, hemos reconocido, según las deposiciones dignas de fe que han sido hechas por testigos irreprochables, que han firmado con nos el proceso verbal, que dicha estatua de la Santa Virgen es realmente la estatua de Nuestra Señora de la Paz, colocada anteriormente en la parte alta del altar de la capilla de la Santa Virgen, en la iglesia de los capuchinos de la calle San Honorato, en París, y que ha estado expuesta a la veneración de los fieles desde hace un buen número de años hasta el momento de la destrucción de dicho monasterio. Esta estatua fue donada a la señorita Papin por el P. Zenón, provincial de los religiosos capuchinos, como lo prueba su acta del 14 de julio 1791. La Srta. Papin, habiendo dejado París el año 1792, la entregó a la Sra. d'Albert de Luynes, la dama que me ha dicho mantenerla ahora a su disposición, según un acuerdo hecho con la familia de la Srta. Papin, tras la muerte de la dicha señorita; para constatar en el porvenir de una manera cierta la autenticidad de dicha estatua, hemos puesto en el bajo de esta estatua, en el reverso, una cédula, que hemos fijado con el sello de Mons. el Arzobispo, en la que hemos escrito las palabras siguientes: “Estatua de Nuestra Señora de la Paz, expuesta en otros tiempos a la veneración pública, en lo alto del altar de la capilla de la Santa Virgen, en la iglesia de los religiosos capuchinos de la calle San Honorato en París”. En fe de lo cual hemos firmado este presente proceso verbal y hemos sellado con el sello de Mons. el Arzobispo de París. En la mansión de la Sra. d'Albert de Luynes calle de la Universidad, este 6 de abril 1802.

De Floriac, vicario general; Albet de Luynes;
Surville; Garnon; L.H. de Mesillac; el Hermano Godard.

Por su parte, la Sra. d'Albert redactó un acta que remitió a la Sra. Coipel para declarar que ella no era más que simple depositaria de la estatua que debía entregarse tras su muerte, ya sea a la Sra. viuda Coipel misma, o a sus herederos o a la persona que la Sra. viuda Coipel hubiera designado Este es el contenido de esta acta:

Yo, María Sofía d'Albert de Luynes, reconozco que la estatua de Nuestra Señora de la Paz, que es de madera negra, de una altura de once pulgadas, sin contar el pedestal, autenticada por M. Floriac, con el sello de Mons. de Juigné, arzobispo de París, no se me ha dejado en posesión más que durante mi vida, para ser, después de mi muerte, devuelta a la Sra. Coipel, así como el libro sobre su origen y milagros, el proceso verbal del P. Provincial de los capuchinos, el de M. de Floriac y el Breve de indulgencias, o a la persona que se presente de su parte con el presente billete. Dado en París, este veintisiete vendimiarario, año once.

Firmado: Paulina Sofía d'Albert de Luynes

La Señora viuda Coipel murió y su hijo, M. Coipel, casado con una señorita Riollet, heredó todos sus bienes, en particular todos los derechos sobre la estatua milagrosa. Confió a su piadosa esposa el cuidado de velar por esta porción de su herencia, cumpliéndolo perfectamente. Habiendo muerto la Sra. d'Albert de Luynes en 1806, ella pensó reclamar la estatua de Nuestra Señora de la Paz, preguntándose dónde podría colocarla convenientemente. Le parecía inconveniente enterrar en un apartamento privado una imagen tan célebre que merecía la veneración pública.

En esta época estaba en contacto con el Padre Coudrin, cuyas predicaciones había seguido con mucho fruto en la iglesia de San Roque. Después le había tomado como director, y cuando dejó el barrio de la plaza Vendôme para establecerse en Picpus, ella continuó dirigiéndose con él para bien de su alma. Hacía pues el trayecto desde la calle de San Roque hasta la pobre capilla de Picpus, donde la comunidad de religiosas de los Sagrados Corazones se beneficiaban del celo apostólico de nuestro piadoso fundador. Este celoso sacerdote, esa pequeña capilla tan recogida, las religiosas tan fervorosas, le pareció que reunían a sus ojos todo lo que necesitaba para asegurar a Nuestra Señora de la Paz el culto que le era debido. En consecuencia propuso al Padre Coudrin donarle la santa imagen. Ya se puede adivinar con qué solicitud fue aceptada la proposición.

Pero el heredero de la canonesa de Remiremont, M. de Luynes, no tenía prisa alguna por deshacerse de ella, como lo indica esta carta de la Sra. Coipel a nuestro Fundador:

Señor,

Me apena mucho constatar todos los retrasos que se interponen a vuestro gozo. Parece seguro que sólo la semana próxima tendréis en posesión de Nuestra Señora de la Paz. M. de Luynes ha escrito hoy que no quería de ningún modo que se diera antes de su regreso. Creo, Señor, que es necesario terminar de una vez con nuestras demandas que podrían convertirse en importunas y os retardan la posesión que el M. Luynes puede alargar mucho, pero a la que no puede oponerse. No sé, Señor, qué es lo que queréis hacer. Si tenéis alguna cosa que anotarme, hacédmelo llegar en estos mismos momentos. O si creéis que sería mejor tratarlo de viva voz, haré todo lo posible para tener el honor de veros el día que me indiquéis de esta semana, o si no recibo antes vuestros deseos, lo dejaré para el domingo por la mañana. La Sra. Grison que os entregará esta carta, nada sabe de esto y he pensado diferirlo algo más para decírselo. Señor, esta ocasión me ofrece la posibilidad de renovar los sentimientos de profundo respeto y de perfecto reconocimiento con los que tengo el honor de ser vuestra muy humilde servidora.

R. Coipel.

Hoy lunes por la tarde, 28 abril 1806

Se convino que la estatua milagrosa sería donada a la Madre Enriqueta y ésta inmediatamente puso en marcha todos los trámites convenientes para acelerar la posesión de un tesoro que muchas personas religiosas comenzaban a codiciar.

“Desde hace unos días, escribe ella el 6 de mayo 1806, tengo que entrevistarme con grandes personajes. Estoy tras una santa Virgen milagrosa que muchos quieren tenerla. A pesar de todo vendrá a nuestras manos, al menos eso espero”.

El P. Coudrin escribía al día siguiente al P. Isidoro: *“La pobre Madre (Enriqueta) sigue yendo y viniendo para obtener a Nuestra Señora de la Paz, la estatua milagrosa que se halla en posesión de la familia de Jouyeuse desde hace quinientos o seiscientos años. Acaban de nombrarme heredero con preferencia a grandes y grandezas de España a quienes costará mucho hacer por mí este sacrificio. La Sra. de Luynes ha legado al morir mil escudos para quien la reciba, pero estamos bien resueltos a dejarlos por obtener el precio-*

so depósito de la familia de Joyeuse”. (7 mayo 1806)

Las negociaciones finalizaron, por fin, y el 6 de mayo Nuestra Señora de la Paz fue entregada a la Buena Madre y depositada ese mismo día en la pequeña capilla de las religiosas de los Sagrados Corazones, llamada el oratorio de Picpus. Fue transportada solemnemente cantando el *Ave Maris Stella* y la *Salve Regina*, y uno de los sacerdotes de la Congregación subió a continuación al altar para celebrar allí una misa de acción de gracias. Se construyó en el oratorio una capilla especial para la estatua milagrosa, a la que fue transferida el 9 de julio por Mons. Chabot.

Al día siguiente de la recepción de la imagen milagrosa, el 7 de mayo, fue redactada y firmada por el P. Hilarión un acta auténtica de su entrega en manos de la Sra. Aymer. Este acta comenzaba por una copia de la declaración de la Sra. d'Albert de Luynes con fecha del 27 vendimiario, año once citado antes, y se terminaba con estas palabras:

Nosotros, sacerdotes firmantes, declaramos la presente copia conforme al original remitido al Sr. Juez de Paz de la sección de París, ejecutor testamentario de la Señora Pauline-Sophie Albert de Luynes, cuyo ejecutor testamentario ha hecho entrega de la dicha estatua y de las piezas antedichas a la Señora Aymer, que vive en París calle de Picpus, número quince, por uno de los sacerdotes firmantes. En París, este siete de mayo de mil ochocientos seis

F. Hilarión, can. hon. de Sééz, prof. de Theol.

Desde entonces, las religiosas de los Sagrados Corazones han rodeado a la Virgen milagrosa con tantos cuidados y oraciones que no ha querido nunca más abandonar Picpus. Ha sido salvada de los furiosos de la Commune por la intrepidez de estas humildes vírgenes y, a su vez, ella ha cumplido con la promesa que la venerable Fundadora les hizo en su nombre cuando, en medio de las múltiples negociaciones para entrar en posesión del precioso tesoro, les decía: “Recen, hermanas, para que tenga éxito, porque un día la deberemos nuestra conservación”. Esta predicción ya se ha realizado varias veces y continúa realizándose todavía. En esto encontraremos una nueva confianza en la protección de la Reina de la Paz y tendremos un nuevo motivo para rezarla con fervor por la Congregación, por Francia y por la Iglesia.

F. Ildefonso Alazard, ss.cc
Annales, 1906, pg. 133-140

CORONACIÓN SOLEMNE de NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ

A veces, en medio de la tempestad, un rayo de sol atraviesa la nube y aparece un pequeño rincón de cielo azul en el horizonte. Desde el mando de su embarcación, el piloto se dirige hacia ese punto luminoso y su alma recobra el coraje: ¿no es una sonrisa de María, la Estrella de la mar?

Esta sonrisa maternal, acabamos de experimentarla entre nosotros, hijos de los Sagrados Corazones. En medio de la espantosa tempestad que asalta a la Iglesia y que agita por todos lados la modesta navecilla de nuestro instituto, el cielo acaba de abrírsenos, un instante, en toda su claridad. El 9 de julio 1906, día de inefable recuerdo, la amable Reina de la Paz, nos ha concedido esta gracia, nos ha regalado esta consolación, este aliento, el de recogernos a todos en la dulce alegría de su triunfo y de su coronación solemne.

Para la coronación solemne de una estatua en nombre del Soberano Pontífice, se requieren tres condiciones, generalmente. Debe haber sido venerada desde tiempo inmemorial, ser célebre por sus milagros y continuar siendo objeto de un culto popular. Nuestra Señora de la Paz reúne perfectamente estas tres condiciones esenciales. Ha sido venerada desde tiempo inmemorial en la familia de Joyeuse. Llevada al convento de los capuchinos de la calle de San Honorato en París, fue pronto objeto de un culto popular, y Dios ha querido honrarla con numerosos milagros. Salvada de la Revolución por la piedad de varias personas devotas de María, ya conocemos cómo llegó a nosotros debido al celo ardiente de nuestro santo Fundador. Llegó a Picpus el 6 de mayo 1806 y la buena Madre Fundadora enseñó a sus hijas a considerarla como el *paladium* (N.T. = una estatua bajada del cielo, véase en un buen diccionario de latín) de su comunidad. Desde entonces, ha sido, por nuestra parte, objeto del culto más filial, más constante, más universal. Cada Padre, de paso por París, deseaba el favor de celebrar la misa en su altar. Antes de partir para las misiones lejanas, nuestros misioneros venían a inclinar su cabeza bajo su pie virginal y poner bajo su protección a los pueblos que iban a evangelizar. Allí le han consagrado sus primeros frutos y en todas partes anunciamos su nombre por las innumerables capillas dedicadas a María. Uno de nuestros obispos la ha introducido en su escudo.

Sin embargo, hay que reconocerlo en justicia, nada iguala a la devoción de las religiosas de Picpus, guardianas de su imagen milagrosa. Es algo que no se puede concebir tan tierno, tan confiado, tan dulce y tan fuerte. Nuestra Señora de la Paz es su madre, su soberana, su refugio, su consolación, su alegría, en una palabra su todo, después de la Eucaristía. Esta devoción la han inculcado a sus alumnas, a sus familias, a una multitud de personas. Numerosos exvotos han proclamado su misericordia y su bondad, y a pesar de lo lejano y poco notorio de su modesto santuario, a pesar de la ausencia absoluta de toda propaganda, ha sido muy pronto conocida del público y visitada por los peregrinos. – Vengo a darle gracias por un favor incomparable, nos decía una persona llegada de muy lejos. Le había pedido un favor temporal, de poco valor en comparación de otro que ni soñaba solicitar, por lo irrealizable que lo juzgaba. “Nuestra Señora de la Paz me ha rehusado lo que le pedía, pero en su lugar me ha concedido, así como a mis padres, una paz absolutamente inexplicable y totalmente inesperada. Jamás se lo podré agradecer bastante.”

Digna heredera de la venerable Fundadora, la Rma. Madre María Clara, que gobierna actualmente la comunidad de las religiosas de los Sagrados Corazones, nada ha ahorrado para rodear de amor y de gloria la preciosa estatuilla de María. Después de haberla retirado de la relativa oscuridad en que se escondía, al fondo de la capilla, detrás del cimborrio del altar mayor, después de haberla levantado un trono majestuoso que la expone ahora a los

ojos de todos los fieles, ha querido otorgarla el homenaje más considerable que tenga el poder de los hombres, el de una coronación solemne, en nombre del Soberano Pontífice. Nada tan glorioso, efectivamente, ya que es la imagen conmovedora de la coronación que se realizó en el esplendor de los cielos, por las mismas manos de Jesús, bajo las miradas enternecidas y maravilladas de toda la corte celestial.

Para obtener este gran honor, la Rma. Madre se disponía a partir para Roma, convidada a la fiesta de la beatificación de las carmelitas de Compiègne, cuyos restos reposan en el cementerio de Picpus, en las fosas comunes donde arrojaron las 1300 víctimas del Terror, asesinadas durante la Revolución en la cercana guillotina de la Plaza del Trono (hoy de la Nación). Quería ver a Pío X y presentarle ella misma su petición. Pero Dios quería probar su fe y santificarla por el dolor la realización de su proyecto. A punto de ponerse en ruta, sufre una repentina enfermedad que trastorna todos sus planes. Parecía que todo estuviera perdido y se reducía a la nada. Informado de lo que había sucedido, el venerable Arzobispo de París, que conocía la finalidad del proyectado viaje, medió personalmente ante la Santa Sede para solicitar el favor tan deseado; el glorioso Pontífice Pío X, feliz una vez más de poder ayudar al santo cardenal Richard a quien amaba y veneraba, se apresuró a conceder la petición. Y le delegó con plenos poderes para la augusta ceremonia. La noticia llegó a Picpus el 23 de junio, por una carta de Mos. Clemente, sacerdote secretario de su eminencia; la fecha de la coronación fue fijada para el 9 de julio, fiesta de Nuestra Señora de la Paz. El cardenal prometió venir él mismo a colocar la corona de honor sobre la cabeza virginal de María, ya que el 9 de julio era además el aniversario de su toma de posesión de la sede arzobispal de París.

* * * * *

La fiesta tuvo lugar el 9 de julio. La capilla de Picpus había sido engalanada con ricos colgantes, escudos y oriflamas en los que destacaba en letras de oro el anagrama coronado de la Reina de la Paz. Una doble rampa de luces adornaba la doble escalera monumental que conducía al trono de la Virgen: éste brillaba con mil luminarias.

Las Misas comenzaron a las 5,30 de la mañana en el altar de la estatua milagrosa. Nuestro Rmo. Padre cantó la Misa mayor a las 9 h., en el altar mayor. Las religiosas cantaron una misa a 4 voces, compuesta por Sor M.V. para la solemnidad de este día. El amor de la Paz, la belleza de la Paz, la petición de la Paz, la posesión de la Paz, tal nos ha parecido ser el tema general de esta música religiosa, una tanto elevada y a veces difícil, pero soberbiamente ejecutada por unas voces de una delicadeza incomparable.

Inmediatamente después de la Misa, la Virgen bendita dejó su trono y en manos del Rmo. Padre fue transportada triunfalmente por el patio del antiguo pensionado, precedida de la comunidad y de las antiguas alumnas cantando y seguida de un numeroso cortejo de fieles piadosos.

La ceremonia de la coronación estaba fijada para las 3 h. de la tarde: Mons. Amette, Coadjutor del Cardenal, era quien debía presidir, al haber tenido éste que renunciar a ello a causa de su fatiga. Un poco antes de la hora, nuestro Rmo. Padre, revestido de capa pluvial, descendió al bajo de la iglesia, rodeado de un numeroso clero, donde los exiliados de Picpus, los PP. Palmacio, Ernesto, Ilddefonso, se mezclaban con los numerosos Padres de Francia y con los eclesiásticos de la diócesis, entre los que nos sentimos felices de saludar al los sacerdotes Garriguet de San Sulpicio, La Perche párroco de la Inmaculada Concepción, Panel párroco de S. Leu, Jacquet miembro de la curia diocesana, el Sr. Bousquet, el Sr. párroco de Boissy-St.—Léger, varios Padres Redentoristas, etc.

A las 3 en punto, llega Mons. Amette, acompañado del sacerdote Clemente, secretario del Cardenal. Después de las ceremonias habituales (beso de la cruz, aspersión, incen-

sación), nuestro Rmo. Padre desea la bienvenida a Su Grandeza. Recuerda la particular benevolencia del Cardenal Richard para nuestro instituto, pone con confianza su doble familia religiosa a los pies del futuro Arzobispo de París, escogido para coronar a Nuestra Señora de la Paz; y suplica a esta tierna Madre que extienda en abundancia sus bendiciones sobre los dos venerados Pontífices y sobretodo a la diócesis confiada a su solicitud pastoral.

Respondió Mons. Amette. Su palabra clara, distinguida, simpática, llega hasta el fondo de la iglesia, totalmente llena desde hace una hora. Acoge con bondad las palabras de nuestro Rmo. Padre. Hace votos por el retorno de los exiliados y por el fin de la persecución, gracia que pide a la Reina de la Paz por intercesión de las Carmelitas de Compiègne.

Inmediatamente el cortejo se pone en marcha hacia el santuario, al canto del *Benedictus*, compuesto para esta circunstancia. Su Grandeza sube a su trono y el R.P. Próspero Malige comienza su magnífico discurso sobre Nuestra Señora de la Paz. Establece en primer lugar la legitimidad y la excelencia del culto dado a las imágenes y a las estatuas de los santos, particularmente a las que Dios ha recomendado a nuestra piedad por numerosos milagros. Interpreta a continuación este nombre de “Nuestra Señora de la Paz” –bello y atractivo más que ningún otro- y nos muestra a esta amable soberana, elevándose desde la tierra, por encima de las nubes, los astros, el firmamento, los ángeles y los más altos serafines, subiendo hasta el mismo trono de Dios para hacerla sentarse a su derecha y recibir de su mano la diadema y el cetro de su realeza. Este cetro, no es el de la justicia inexorable, es el cetro de la paz. Nuestra Señora de la Paz se nos presenta teniendo en su mano el ramo de olivo, emblema de la paz. Esta paz, dice, nos la ha dado la Virgen bendita y, a pesar de todas las tentativas del enemigo de fuera y de dentro, nos la ha conservado. Lo prueba por los hechos bien conocidos (1814-1830-1871), y sobretodo agradeciendo a la Providencia por haber puesto a la cabeza de nuestra familia religiosa al Rmo. P. Bousquet, a quien ha llamado muy justamente “el Ángel de la Paz”.

Pero la Iglesia, Francia, el mundo, tienen necesidad de la paz. Esta fiesta, ¿no es un indicio de que la Virgen bendita va a dárnosla plenamente? Beatificando a las Carmelitas de Compiègne que aplacaron por la santidad de su holocausto la cólera del Altísimo, el Santo Padre nos enseña cómo la justicia y la paz se abrazan para la salvación del mundo. Coronando la estatua milagrosa de Nuestra Señora de la Paz, ¿no nos anuncia que este triunfo de la Justicia y de la Paz está próximo para nuestro desgraciado país? El orador había saludado al comienzo de su discurso, al venerable cardenal Richard, ausente –el *santo* al que había visto un día en Rouen -; termina por fin expresando sus parabienes en honor de Mons. Amette, cuya piedad y celo prometen felices frutos para la Iglesia de París.

Solo hemos indicado algunos puntos principales tratados por el R.P. Próspero Malige. Cuando terminó, Mons. Amette se lo agradeció con suma delicadeza y, a continuación, se procedió a la coronación de la estatua milagrosa. Presentaron al oficiante dos pequeñas coronas, verdaderas maravillas de orfebrería y joyería. La más pequeña era la del Niño Jesús, la mayor de Nuestra Señora de la Paz. El Obispo, revestido de capa, las bendijo, las asperjó y las incensó, una tras otra. A continuación, habiendo cantado el coro el *Regina coeli*, descendió de su trono y depositó la pequeña corona sobre la cabeza del Niño Jesús, la grande sobre la cabeza de la Virgen, diciendo: *Del mismo modo que habéis sido coronada aquí en la tierra con nuestras manos, que podamos merecer, por vuestra intercesión, ser coronados de gloria y honor en el cielo, por Jesucristo, vuestro Hijo!* El Obispo incensó entonces la estatua coronada, cantó una última oración y retornó a su trono al canto del *Te Deum*.

El maestro de ceremonias llega con la estatua coronada en las manos. Con una piedad que ha emocionado profundamente a toda la asistencia, Mons. Amette se arrodilla para recibir sobre la cabeza la imposición de la imagen milagrosa, la besa y la mira unos instantes; después, durante el canto del *Te Deum*, la preciosa imagen va imponiéndose a todos los

sacerdotes reunidos en el santuario, a continuación es transportada a su trono espléndidamente iluminado. Monseñor da la Bendición papal, a la que sigue la salutación y bendición del Santísimo Sacramento. Como en la Misa, también ahora los cantos ejecutados eran casi todos obra de Sor M.V. y habían sido compuestos expresamente para la fiesta. Recordamos, entre otros motetes, un *Ave verum*, un *Ave, augustissima Regina Pacis*, un *Tu es Petrus*, un *Laudate*, a los que hay que añadir una cantata a la Virgen milagrosa de Picpus. Como la anterior, toda es una música selecta, absolutamente religiosa en su ritmo como en su inspiración, para la que no es suficiente una mediocre habilidad de canto en las personas encargadas de estar a su altura para valorizarlas ante la asistencia. Repetimos que han sido interpretadas por verdaderos artistas del canto.

A la salida de la ceremonia, Mons. Amette fue a prosternarse ante la tumba de las Carmelitas de Compiègne, ejemplo que enseguida siguió toda la asistencia, que no hubiera dejado ni una brizna de hierba sobre este terreno si no se hubiera moderado su devoción.

Después las religiosas se reunieron en el gran salón para ofrecerle sus homenajes y mostrarle su agradecimiento:

“Soy más bien yo quien os muestra su agradecimiento, respondió el Obispo. Creo tener el derecho de considerarme un poco como de la familia. Me han apodado el *Obispo del Sagrado Corazón*. Es verdad, amo mucho al Sagrado Corazón, propago su imagen, le he colocado en mi escudo. Pero no amo menos al Corazón de María, del que podéis ver la imagen bordada sobre mi estola, al lado de la imagen del Corazón de Jesús. Por tanto, soy un poco como vosotros, el “hijo de los Sagrados Corazones” (Aplausos)

“El elocuente predicador de esta bella solemnidad os ha recordado el glorioso sacrificio de las Carmelitas de Compiègne. Este sacrificio marcó el final del Terror, el retorno del orden y de la paz. Vosotros también debéis, por el sacrificio, obtener el cese de la tormenta, el retorno de la paz. Los perseguidores habrán podido quitaros vuestras obras de educación, pero no han podido ni podrán jamás quitaros la principal de todas, la de la oración, la de la reparación. Nuestro venerable cardenal y su pobre coadjutor, cuentan con vosotros y sobre las almas que os rodean, para continuar, a pesar de los obstáculos, su apostolado en la inmensa capital que les ha sido confiada...”

Monseñor termina asegurando a la comunidad que volverá a Picpus tan a menudo como se lo permitan las obligaciones de su pesada carga pastoral. Y después de una última bendición, se retira, dejando a la comunidad un inexpresable sentimiento de gratitud y de alegría.

La fiesta había terminado. Numerosas antiguas alumnas habían venido para asistir y prestar su ayuda. Todo había salido como lo deseaban. El tiempo había sido espléndido. Una sola cosa faltó, la presencia de la Rma. Madre María Clara; pero Dios había manifestado con suficiente claridad que así lo quería, como para no ver en ello otra cosa que la Cruz, cuya presencia es para nosotros un signo de bendición.

¿Qué podemos decir ya para terminar? ¿cuál es el sentido de esta fiesta, de este triunfo, de esta coronación? Es algo bien sencillo para nosotros. Es, por una parte, la consagración más solemne de una devoción de familia, que hemos heredado de nuestros venerables fundadores. Sí, Dios nos dice: está bien, apruebo, quiero estos honores rendidos a mi Madre, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Paz. Por otra parte, es una invitación insistente a cultivar entre nosotros y desarrollar en nuestro entorno esta devoción. Debemos por tanto, sobretodo en estos días agitados por que atravesamos, aplicar a la dulce Reina de la Paz esta invitación, este deseo de nuestros libros santos: *Intende, prospere procede et regna*: Extended cada vez más vuestro imperio, triunfad en los corazones y reinad por fin sobre todos los hombres.

Ave, Regina Pacis consiliatrix, dona nobis Pacem – Ave, consoladora Reina de la Paz, danos la Paz. Así sea.

F. Ildefonso Alazard, SS.CC.
Annales SS.CC., 1906, p.233-241

Descripción de las coronas y de la palma ofrecidas a Nuestra Señora de la Paz

La corona mayor de la Virgen, de estilo medieval, está hecha con brillantes, perlas y rosas, montadas en oro y platino, con un engarce sobresaliente y seguro. El metal precioso está repujado, labrado y finamente cincelado, la totalidad ornada con variados tintes de oro, oro amarillo, oro rojo y oro verde, obtenidos por el dorado en polvo.

La corona del Niño Jesús es en miniatura la reproducción exacta de la corona de la Virgen, con la diferencia de que la del Niño Jesús termina en una cruz y la de la Virgen en una bellísima estrella de brillantes.

Las fajas de asiento a la cabeza, de las dos coronas, son una sucesión de hojas de laurel ajustadas a la pieza. Sobre la faja de la Virgen se lee, en diamantes sobre platino, el saludo: *Ave Regina Pacis*.

La palma de olivo, que la Virgen tiene en su mano derecha, es de oro, atravesada en su mano y cincelada con frutos y hojas de diferentes colores

Estas graciosas obras maestras de orfebrería y de joyería se hicieron en los talleres de la Casa Mellerio, llamado Meller, en la calle de la Paz, de París.

NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ EN PARÍS

Artículo reproducido de los
Annales Franciscaines, enero 1910.
ANNALES SS.CC., 1910, p. 204-207.

*Veréis en el lugar más lejano de la tierra,
la estatua más pequeña del mundo”*

Podríamos preguntar quién conoce hoy en París esta imagen de Nuestra Señora de la Paz, la que durante siglos veneraron los soberanos, al pie de la que los embajadores y los nuncios venían a arrodillarse; quién, excepto raros creyentes, vienen todavía a implorarla, a esta estatua de madera, alta de 30 centímetros, que a despecho de las revoluciones, ha permanecido ofrecida a las oraciones bajo su dosel de seda bordada, al fondo del altar de las Damas de la Congregación de los Sagrados Corazones en Picpus, en la capilla del lugar en que fueron enterradas 1300 víctimas de la guillotina instalada en la Barrera del Trono.

Franqueado el porche del convento, estos restos de Picpus, del que Claudio Malige escribía, al parecer, en 1640, que “no es considerado que haya venido a París quien no ha visto las maravillas del convento de Picquepuce”, nos encontramos efectivamente en el lugar *el más alejado del mundo*.

Una provincia apartada, hasta del norte de Italia o de Flandes. Con la línea regular y lisa del convento, la fachada en estilo jesuita, flanqueada de la casa del capellán, un vestigio de Enrique IV, cerca del que se balancean, en la tarde lluviosa, los troncos enclenques de tres cipreses. Hermanas vestidas de blanco, con las tocas plisadas, recogen en sus lencerías almidonadas, sus vestidos de lana, en el costado norte del cuadro, sobre el que corren rápidas las nubes bajas.

En los bancos de la capilla, las religiosas arrodilladas, la frente cubierta por un velo, cantan un oficio de la tarde. Nadie, hombre o mujer, aporta aquí la menor nota profana, nada más que estas jóvenes medio prosternadas y que cantan... Más alta que el altar, cercana a la bóveda sobre su pedestal y bajo el dosel de raso blanco, Nuestra Señora de la Paz.

Durante varios siglos, la pequeña estatua perteneció a la familia de Joyeuse. Enrique III, el Negro, vino a rezar ante ella, desgranando las calaveras de su rosario, a gemir sobre sí mismo y a aborrecerse, a los pies de esta Virgen de madera cuyo origen se pierde en las tinieblas de los siglos. Ella ha conocido los cantos fogosos de la Liga y escuchado las bufonadas de la Fronde. Permaneció durante varias generaciones de fieles expuesta encima del porche de los capuchinos, en la calle de San Honorato. Una luz brillante apareció sobre ella y se vio a los ángeles traerle flores; se formaron espontáneamente procesiones para venir a honrarla. Del muro de la propiedad pasó a la capilla de los capuchinos. Fue una fiesta para toda la villa: el rey, la reina, el duque de Anjou asisten al oficio que celebra el nuncio... Hasta 1790, permanecerá allí, venerada por los príncipes y por el pueblo. Los ojos de Ana de Austria brillaron de lágrimas ante ella, durante la enfermedad de Luis XIV, niño. El Rey-Sol, del que entonces todos los rayos sólo estaban brotando, ha mirado esta estatuilla, le ha hecho promesas y pedido gracias... Durante el *Terror*, los ecos del “*Llegará*” (*Ça ira*), han resonado en su entorno, damas enloquecidas la han implorado con desesperación, arrojadas por el espanto a los pies del altar, mientras que, a cien metros de allí, las carretas arrojaban en la arena de las fosas comunes, cabezas y cuerpos, en montón, de las 1300 víctimas decapitadas en la Barrera del Trono. Como las olas del mar que rompen al pie de los

acantilados, las familias humanas han pasado ante esta imagen, a cuyo alrededor no han cesado de volar, semejantes a gaviotas y cormoranes, los enjambres de Hermanas blancas (y de capuchinos grises). Nos conmueve justamente por su duración, su eternidad. Semejante a la esfinge que ve desvanecerse, durante 4000 años, las caravanas en el desierto, desde hace 400 años, esta estatuilla ¡ha visto tantas cosas!...

Qué lejos de todo se está aquí, lejos del pasado, entre mujeres, siempre vestidas lo mismo, cuyas oraciones son todas semejantes a las que siempre se han cantado, al resplandor de las mismas lamparillas.

Detrás de la capilla, una Hermana, por senderos de una huerta donde la primavera no ha llegado todavía a la extremidad de las ramas negras más que con algunos glóbulos de sangre rosa, nos conduce hasta el cementerio. Por entre las tumbas, grandes losas desnudas y pequeñas capillas sobre las que se leen los nombres Noailles, Doudeauville, Polignac, Lévis-Mirepoix. Después de la última sepultura, que corona una bandera descolorida de los Estados Unidos, que es la de La Fayette, se abre una verja en el muro de cierre, que da a un césped grueso y verde, donde los cipreses marcan un círculo... Ahí fue... Ahí fue donde se enterraron, entre el 2 prairial y el 9 de termidor, más de 1300 víctimas. Sus nombres están todos inscritos, sobre amplios paneles de mármol, en la capilla lateral que acoge la estatua de Nuestra Señora de la Paz en la iglesia; allí, amontonados en dos fosas, hay jardineros, jornaleros, vendedores de vino mezclados con los pares de Francia, y duquesas al lado de modistas. Terrenos desnudos aíslan del barrio al convento, capilla, huerta, cementerio: uno o dos inmuebles de varios pisos apenas se asoman por encima de los muros.... El cielo bajo se prolonga hasta el horizonte con nubes grises, transportadas con rapidez de un extremo al otro.

Qué bien se siente allí la dulce influencia de la Virgen de la Paz, y cómo se siente allí, con una penetración particular, la eternidad de Dios que ve en un mismo plano el pasado, el presente, el porvenir, lo que es, lo que fue, lo que será.

* * * * *

(En original un grabado de la Virgen de la Paz)



<< DESDE QUE LA TOQUÉ >>

Una “leyenda” verdadera.

Hace 16 años con 17 días, (exactamente el 1 de febrero, hacia las 4 de la tarde), moría en nuestra parroquia un cerrajero, conocido en el taller por el nombre de Padre Andrés.

La víspera de la fiesta de la Inmaculada Concepción, le vi llegar, como hacía siempre en las fiestas de la Virgen, a las 8,10 de la tarde, ni un minuto antes, ni un minuto después.

- Muy bien, le dije, pero en Navidad, Padre Andrés, os volveremos a ver, seguro.

- Señor cura, usted sabe bien que no vengo más que en las fiestas de la Virgen.

- Muy bien, pero sin embargo, Navidad, Todos los Santos....

- Eso no me interesa; vengo en las fiestas de la Virgen; ¿le parece bien?... dígallo, señor cura, porque usted sabe....

Comprendiendo que era por lo menos inútil insistir sobre este punto, tomé un aire indiferente:

- ¿Y desde cuándo se aproxima de este modo en las fiestas de la Virgen?

- Pero, señor cura, desde que la toqué.

- Desde que la tocó; pero, ¿qué quiere decir con eso?, “desde que la toqué”.

A esta pregunta, mi Padre Andrés baja la cabeza, enrojece y enseguida mirándome fijamente a la cara:

- Señor cura, dice, tengo confianza en usted: ¿tiene un cuarto de hora para mí?

- Desde luego, hasta dos, si es necesario.

Obligado por un trabajo urgente, no había cerrado los ojos en toda la noche precedente; pero por encontrar la llave del enigma, habría velado a gusto aún la de esa otra noche.

- Bien, me dice, quien se encuentra ante usted es un activista de la Commune, liberado de modo verdaderamente milagroso del castigo que tenía muy merecido. No había, desgraciadamente, esperado la hora de la insurrección para convertirme en un criminal. Por varios robos, dos incendios, un homicidio, yo estaba ya hecho a ello. Pero jamás fui más lejos, no lo hubiera ni soñado.

- Fue solo durante la Commune, ¡esto os lo juro, señor cura!, cuando empujado por otros camaradas, bandidos, verdaderos diablos, así es, hice como ellos, me entregué al pillaje, a la profanación de las iglesias.

- Hasta ese momento nada me había frenado en mi furor sacrílego, cuando el 3 de abril, a la 1,30, bajo el mando del capitán Lenôtre, invadimos el convento de las religiosas de los Sagrados Corazones y de la Adoración de la calle Picpus.

- Después de odiosos registros acompañados de insultos, de amenazas, varios de entre nosotros se dirigieron a la capilla, con un estrépito infernal y profiriendo horribles blasfemias. Con un golpe de bayoneta, saltó la puerta del sagrario y, a pesar de las súplicas de una religiosa, un miserable cogió el copón y arrojó sobre el altar todas las hostias.

- Después llegó el pillaje de la casa, como sucede en semejantes circunstancias. Si no, ¿qué se saca de bueno con gritar contra los curas, los monjes y la religión, si no hay nada que “apañar”?

- Ya en dos grandes cajas, habíamos amontonado ornamentos, platería, ropa, etc., todo cuanto encontrábamos conveniente, cuando hacia las tres, escoltada por Clavier, el comisario, y por la banda encargada de registrar, entró la venerable Madre Benjamina Le Blais. Iba acompañada por dos hermanas .

- Hasta ese momento, la santa mujer había guardado una calma, un silencio que imponía respeto a los más feroces. Pero al ver entre los crucifijos, amontonados de cualquier manera en una de las cajas, a Nuestra Señora de la Paz, la buena Madre ya no pudo contenerse, y ante aquellos miserables cuya sola vista le inspiraba más repugnancia que horror, no dudó en mostrar un aire de mendiga. Su mirada, su voz, todo en ella revelaba un tal dolor, y su petición era a la vez tan digna y tan suplicante, que Lenôtre, disimulando mal la emoción que sentía:

- De verdad, le dijo, eres una brava mujer...

Después, señalando con el dedo a la estatua:

- ¡Que se la devuelva y que nos deje en paz!

La paz, no fueron ni Clavier, ni Lenôtre quienes me la dieron a mí, sino la Santa Virgen, ella misma.

- Porque en el momento en que voy a devolver a la buena hermana superiora esa pobre madera vieja, que apenas pesaba una libra, os lo garantizo, siento de repente mis miembros estremecidos, mis manos como súbitamente paralizadas, ya no pueden separarse de la santa Imagen. Me inunda un sudor frío.

- ¿Qué puedo decir? ... ¿Qué hacer? ... ¿Cómo continuar? ... ¿Qué sucedió en ese instante tan corto? ... No lo sé... Lo único que ha permanecido en mi espíritu, es que tan pronto como dije: “Santa Virgen María, ten piedad de mí”, mis manos volvieron a estar libres, el estremecimiento cesó y me sentí menos desgraciado.

- Todo esto sucedió en menos tiempo que el que se necesita para contarlo; y cuando volví a ver a la Virgen en su trono, me pareció que me sonreía con una sonrisa que quería decir: Gracias.

- Después del pillaje de Picpus, la banda de facinerosos continuó sus tropelías. Pero desde que *yo había tocado a Nuestra Señora de la Paz*, me fue imposible hacer nada como antes.

- “Andrés, me decían los camaradas, ¿qué es lo que tienes?, ¿no puedes trabajar ya más?”

No solamente no podía *ya trabajar* más, es decir, robar, incendiar, y todo lo demás; es que cada vez que, para darme una satisfacción, ensayaba alguna blasfemia, un insulto a quien quiera que fuera, sentía paralizarse mi lengua y volvía a ver a la Madona sonreírme dulcemente desde su altar; e instintivamente, como a pesar mío, decía de nuevo la oración que me había resultado tan eficaz: *Santa Virgen María, tened piedad de mí*.

En cuanto pude salir de París, fui a buscar un cura, el primero que encontrara, le pedí que me confesara, y seriamente, porque quiero una limpieza completa, le decía:

- “Hay que poner nueva mi conciencia, que está totalmente averiada”.

- Después de haberle dicho cuanto le he contado, añadí: A esta Virgen que me ha salvado, le digo todos los días, al menos una vez: “¡Santa Virgen María, tened piedad de mí!” ¿Es eso bastante?

Francamente, respondió el cura, ya que me lo preguntáis, si pudierais aún hacer un poco más, no estaría mal.

- Y bien, ¿qué entonces?

- Tomad la costumbre de recitar cada día, al menos una decena del rosario a la Santa Virgen. Según lo que me habéis dicho, bien merece eso y aún más.

- Pero, ¿qué más puedo hacer?

- ¡Oh!, si queréis...

- Claro, estoy cierto de que lo quiero.

- Pues bien, si queréis comportaros honestamente con Nuestra Señora de la Paz, si queréis proporcionarnos prendas las más consoladoras de predestinación...

- ¿Qué es necesario que haga?

- Confesaos y comulgad en todas las fiestas de la Santa Virgen,

- Lo prometí y he sido siempre fiel a mi promesa. Por esa razón, señor cura, vengo en las fiestas de la Virgen, desde que la he tocado.

- Y ahora, ni una sola palabra de todo esto, antes de que la última paletada de tierra se haya arrojado sobre mi ataúd. De otro modo, vea lo que le regalaré.

Hablando así me puso entre los ojos lo que él llamaba su crucifijo automático, un viejo revólver todo grasiento, manchado en varias partes de placas grisáceas en las que sería posible sospechar manchas de sangre. Debo añadir que él me subrayó esta amenaza con una amplia sonrisa abierta que, en este caso, me relajó completamente.

- Solamente, añadió, después de mi muerte, cuente, predique mi historia lo más a menudo posible, para ayudarme a pagar la deuda de reconocimiento que he contraído con la Santa Virgen María y ganarle corazones.

El 1 de febrero último, hacia las cuatro, después de veinticinco años de una vida ejemplar, el Padre Andrés moría con la muerte de los predestinados. Me acerqué a cerrarle los ojos, como le había prometido; respiraba aún y de sus labios de fiebre, murmuró por última vez su oración preferida: *“Santa Virgen María, tened piedad de mí”*.

El santo Niño de Praga, Boletín redactado
por las religiosas de los SS.CC. Picpus, 1902.

(En el original aquí un pequeño Nacimiento)



5. – A P É N D I C E

KAZAJSTÁN Y ARMENIA

Al cerrar, para la publicación, este ya viejo “Cuaderno”, amanecemos hoy tras la noche en que se ha producido el ataque contra el régimen talibán de Afganistán, que oprime a su pueblo y promueve el terrorismo internacional. En el centro de esa situación aparece la coincidencia de la estancia del Papa en aquella región, entre el acto terrorista en USA y el comienzo de la respuesta a aquel acto criminal: espacio que va del 11 de septiembre al 7/8 de octubre. La presencia y las palabras del Papa en estos dos países, no han tenido nada que ver con tan delicada situación. Sí que hubo unas declaraciones, cuando menos inoportunas, en el contenido y en la forma, del ínclito portavoz del Vaticano, Navarro Valls, que parece no han rozado la figura del Papa. Éste sí que ha bautizado la justicia romana, pilar de su imperio –“justicia infinita”- al decir bellamente de ella que *“debe alimentarse siempre de la clemencia y del amor”*.

Nos ha parecido oportuno dejar constancia de estas situaciones en este cuaderno, en los momentos que vivimos, capaces de iniciar una nueva historia humana, poniéndola al amparo de Nuestra Señora de la Paz.

Rumbo a Kazajstán. Puntual, el Boeing 767 de Alitalia despegó del aeropuerto romano de Fiumicino a las nueve de la mañana del sábado 22 de septiembre rumbo a Astana, la nueva capital de Kazajstán. Tras seis horas de vuelo, Juan Pablo II llegaba al modesto aeropuerto internacional de la capital kazaja a las siete y media de la tarde, debido a las cinco horas de diferencia del huso horario entre Roma y Astana.

Le acogieron con los brazos abiertos el presidente Nursultán Nazarbayev, que por fin veía realizado su sueño de recibir al obispo de Roma en el inmenso país de Asia Central y las más altas autoridades religiosas, incluido el *Gran Muftí*, jefe espiritual de los ocho millones de musulmanes que viven en armoniosas relaciones con sus connacionales.

“Le agradezco profundamente en nombre de mi pueblo – dijo el presidente kazajo – que a pesar de la turbada situación del mundo no haya cambiado su decisión de venir a Kazajstán... Hemos apreciado mucho que en su declaración posterior a las acciones terroristas en los estados Unidos, Vuestra Santidad no acuse a las naciones, razas o comunidades religiosas de esa horrible acción, previniendo al mundo contra la fobia antiislámica. El Islam, como otras religiones tradicionales, profesa la paz y la estabilidad. Miles de millones de musulmanes de todo el mundo llevan adelante una actividad pacífica y creadora”.

En su primer discurso al país que le acogía, el Pontífice saludó *“un Estado multiétnico, heredero de seculares y múltiples tradiciones espirituales y culturales”*, al mismo tiempo que le felicitaba por ser desde siempre una *“tierra de encuentro y de convivencia entre tradiciones y culturas diferentes”*. Alabando la decisión tomada en 1991 por el gobierno de Nazarbayev de ser el primer país que unilateralmente renunciaba al armamento nuclear, Juan Pablo II aseguró que *“las cuestiones controvertidas deben de ser resueltas no con el recurso a las armas, sino con los medios pacíficos de la negociación y del diálogo. No puedo no apoyar esta línea de compromiso que responde a las exigencias fundamenta-*

les de la solidaridad y de la paz, a las que los seres humanos aspiran cada vez con mayor consciencia”.

Nadie esperaba grandes multitudes que saludasen la llegada del Papa en una nación que cuenta con apenas trescientos mil católicos. También las medidas de seguridad eran disuasivas, así que sólo algunos centenares de personas acogieron a Wojtyła cuando llegó al pie del “Monumento a las Víctimas del régimen totalitario”, erigido en el centro de la nueva capital. Es una pequeña colina dominada por un inmenso mástil que recuerda los millones de personas que hallaron la muerte en este país de deportación, desde la época de los zares, y que en tiempos de Stalin, fueron reclusos hasta la muerte en algunos campos de concentración diseminados en las estepas euroasiáticas, que tan magistralmente describió Alexandr Soljenitsin en su novela *El archipiélago Gulag*. Visiblemente emocionado, el Papa depositó una corona de flores y se entregó a una dilatada pausa de oración antes de dirigirse a la Nunciatura Apostólica para pasar su primera noche en Kazajstan.

Eucaristía en Astana. Al día siguiente su aspecto no era bueno, ni mucho menos. Llegó a la Plaza de la Madre Patria para celebrar la Eucaristía con unas 50.000 personas, de las que poco más de una cuarta parte eran católicos, muchos de ellos provenientes de las vecinas repúblicas caucásicas.

“El cristianismo – afirmó el Papa en la homilía leída en ruso – no es una alienación del compromiso terreno. Si alguna vez en algunas situaciones contingentes da esa impresión, es debido a la incoherencia de tantos cristianos. En realidad, el cristianismo auténticamente vivido es como una levadura para la sociedad: la hace crecer y madurar en el plano humano y la abre a la dimensión trascendente del Reino de Cristo, realización completa de la nueva humanidad”. Una vez más, deseó que este país tan poco conocido, *“gracias a la variedad de sus componentes étnicas, culturales y religiosas, progrese en la justicia, en la solidaridad y en la paz. Progrese gracias a la colaboración de cristianos y musulmanes, comprometidos todos los días, codo con codo, en la humilde búsqueda de la voluntad de Dios”.* No extrañaría que en la mente del Papa, tras estas palabras, estuviera presente el recuerdo de la triste realidad de un país riquísimo en recursos energéticos y otras materias primas, pero que todavía está atezado por la miseria. Por eso también, sobretodo desde su mensaje del 1 de enero, día mundial de la paz, quiere acostumbrar a los oyentes a que unan en su corazón la palabra *solidaridad* a la de la paz, como lo expresó ampliamente en aquel mensaje.

Antes de concluir sus palabras, con una evidente fatiga, Juan Pablo II leyó el siguiente solemne llamamiento dirigido a la opinión pública mundial: *“Desde esta ciudad, desde Kazajstán, país que es ejemplo de armonía entre hombres y mujeres de orígenes y confesiones religiosas diferentes, deseo hacer un sincero llamamiento a todos, cristianos y seguidores de otras religiones, a trabajar juntos para construir un mundo sin violencia, un mundo que ame la vida, progrese en la justicia y en la solidaridad. No podemos permitir que todo lo que ha sucedido profundice las divisiones. La religión no puede ser nunca fuente de conflictos. Desde este lugar invito, tanto a los cristianos como a los musulmanes, a alzar una inmensa plegaria al único y omnipotente Dios, del que todos somos hijos, para que el don de la paz pueda reinar en el mundo. Que todos los pueblos, sostenidos por la sabiduría divina, puedan trabajar en todas partes para construir una civilización del amor en la que no haya lugar para el odio, la discriminación y la violencia”.*

Ante el mundo de la cultura, de la ciencia, del arte, quizás los acontecimientos últimos dieron a su visita un cierto giro. En el palacio de congresos de Astana reafirmó el *“respeto de la Iglesia católica por el Islam, el auténtico Islam: el Islam que reza, que sabe hacerse solidario con quien atraviesa necesidades. Recordando los errores del pasado incluso reciente, todos los creyentes deben unir sus esfuerzos a fin de que nunca Dios sea rehén de las ambiciones de los hombres. El odio, el fanatismo, el terrorismo, profanan el nombre de Dios y desfiguran la auténtica imagen del hombre”*. Frases, como se ve, perfectamente aplicables a los atacantes de las Torres Gemelas o del Pentágono.

Visita a Armenia. Finalizada su estancia en Kazjstán a mediodía del martes 25 de septiembre, Juan Pablo segundo y su séquito, con los cardenales, el Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y el presidente del Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos, podía partir satisfecho hacia la segunda etapa de su viaje: Armenia, país que hubiera debido visitar en junio 1999, teniendo que renunciar a ello por la grave enfermedad de Karekin I, Patriarca Supremo de la Iglesia Apostólica Armenia, posteriormente fallecido. Este retraso le ha permitido, por eso, participar personalmente en las celebraciones de la cristianización de esta vieja nación.

Desde la llegada al aeropuerto internacional “Zvartnotz” de Yeraván, ya se vio que era una visita de corte especial: a recibir al Papa habían acudido, casi en situación de igualdad, el presidente de la república, Robert Kotcharian y Su Santidad Karekin II Nersissian, Católicos y Patriarca Supremo de todos los armenios, la Iglesia predominante en el país con cuya historia se ha confundido durante siglos, salvo el paréntesis de la dictadura comunista.

“La situación geográfica de Armenia –dijo su joven presidente- nos ha colocado en las fronteras de diferentes religiones y civilizaciones. La realidad de la existencia de la diáspora armenia, nos ha abierto nuevos horizontes de entendimiento y nos ha enriquecido con los frutos de la armonía, la tolerancia y la buena voluntad”. El Patriarca señaló que la visita pontificia había sido posible *“gracias a lo cambios significativos que han tenido lugar en nuestro país. Los días oscuros y sin esperanza de la era soviética pertenecen al pasado. Hoy Armenia es un estado soberano y la Iglesia armenia es libre”*. A ambos les respondió Juan Pablo II afirmando que *“el pasado de Armenia es inseparable de su fe cristiana. La fidelidad al Evangelio contribuirá también al futuro que la nación está construyendo después de las devastaciones del siglo pasado”*. Era la primera vez que aludía, sin citarlo expresamente, al genocidio que segó la vida de al menos millón y medio de personas entre 1915 y 1923 y que los armenios intentan que sea reconocido por la comunidad internacional, pese a la oposición de Turquía, que rechaza la responsabilidad del Imperio Otomano en esta matanza.

Gesto distintivo de la visita es que el Papa y todo su séquito hayan sido huéspedes, no de la jerarquía católica, sino de Karekin II en su sede de Etchmiadzin, distante veinte kilómetros de la capital y que está compuesta por el palacio Apostólico donde reside el Patriarca, la catedral, las oficinas de la curia patriarcal, el seminario teológico, la residencia de huéspedes y el Museo Apostólico. Un conjunto conocido como el “Vaticano armenio” y que, según hemos sabido, aspiraría a obtener de las autoridades del país un estatuto de extraterritorialidad comparable al que los Pactos Lateranenses confirieron al Vaticano.

Víctimas del genocidio. El momento más intenso, política y emocionalmente, de la visita fue la ceremonia ante el memorial Tzitzermakaberd (la “fortaleza de las golondrinas”), donde se rinde homenaje a la memoria de las víctimas del genocidio. Un monumento sobrio pero elocuente y que es para todo armenio un lugar sagrado. A media mañana del miércoles 26, legó al recinto el Santo Padre, acompañado por el Patriarca y los más altos dignatarios de la Iglesia Apostólica Armenia. Lucía el sol y la temperatura era agradable pero la atmósfera estaba cargada de trágica solemnidad.

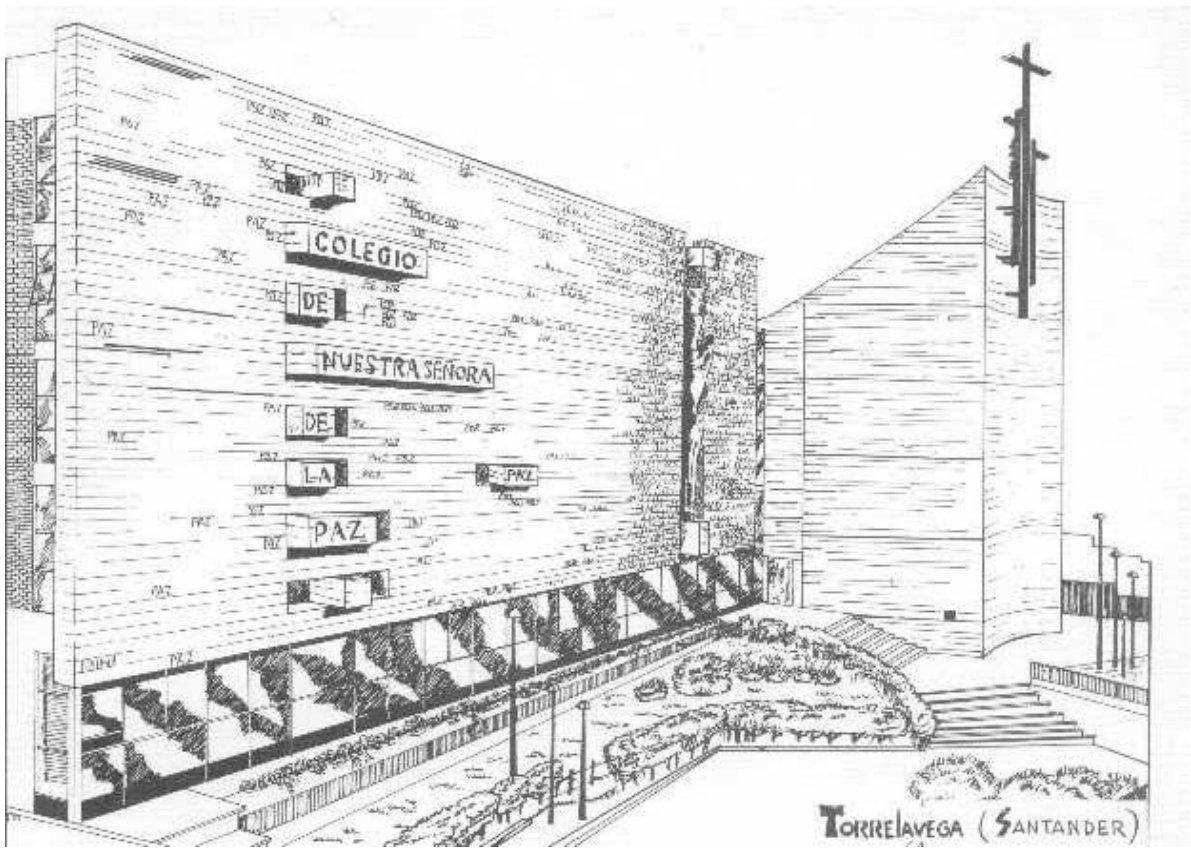
Después de haber depositado unas flores ante la llama permanente que recuerda al largo millón y medio de víctimas del genocidio, se leyó el Evangelio y se iniciaron los cánticos y las letanías. El Papa, por su parte, leyó una oración compuesta expresamente para esta ocasión y cuyas primeras frases son estas: *“Escucha, Señor, el lamento que se alza desde este lugar, la invocación de los muertos del abismo de ‘Metz Yeghern’ (la gran matanza), el grito de la sangre inocente que implora como la sangre de Abel, como Raquel que llora a sus hijos... Profundamente turbados por la terrible violencia infligida al pueblo armenio, nos preguntamos con angustia cómo el mundo puede aún conocer semejantes aberraciones”*.

Todos los exegetas y hermeneutas se precipitaron a explicarnos que aunque el Papa no hubiera usado el término de “genocidio”, sí había empleado la expresión con que los armenios se han referido desde siempre al más luctuoso de los acontecimientos de su historia milenaria. La palabra “genocidio”, sí fue empleada en la Declaración conjunta firmada por el Papa y el Patriarca en Roma el 2000, durante la visita de Karekin I al Vaticano, y ha sido vuelta a emplear en su nueva versión firmada en Etchmiadzin (sede patriarcal) durante esta visita papal.

De darle al acto histórico una expresión emocional se encargó Charles Aznavour el más famoso de los cantantes armenios, que interpretó entre temblores un *Ave María* compuesta por él para esta ocasión y que es una oración a la Virgen de los sufrimientos de un pueblo que tanto ha sufrido. El Papa se conmovió, pero menos que el compositor, que tuvo luego la elegancia de considerar normal que Wojtyla no supiera quién era el intérprete que tenía ante él pero que había sido capaz de agitar su interior. Pequeños milagros de la música...

La visita a Armenia ha puesto de relieve el extraordinario grado de fraternidad alcanzado por la Iglesia Apostólica Armenia y la Iglesia católica, ya iniciada por el Patriarca Vasquen I y Pablo VI y que un día, tal vez no tan lejano, podría desembocar en la comunión total. *“Mi corazón –afirmó Juan Pablo II con una expresión inhabitual en sus labios– brama por acelerar el día en que celebraremos juntos el Divino Sacrificio, que hace que todos nosotros seamos una sola cosa”*.

Selección y ordenación de la crónica de **Antonio Pelayo**,
periodista “vaticano”, publicada en
Vida Nueva, 6 de octubre de 2001, num. 2.299, pgs, 16-20.



TORRELAVEGA (SANTANDER)



Congregación de los Sagrados Corazones
Provincia de España
C/ Padre Damián, 2
28036 Madrid

Tfno. : 91 564 78 95
Fax: 91 561 14 43
e-mail: psces@planalfa.es